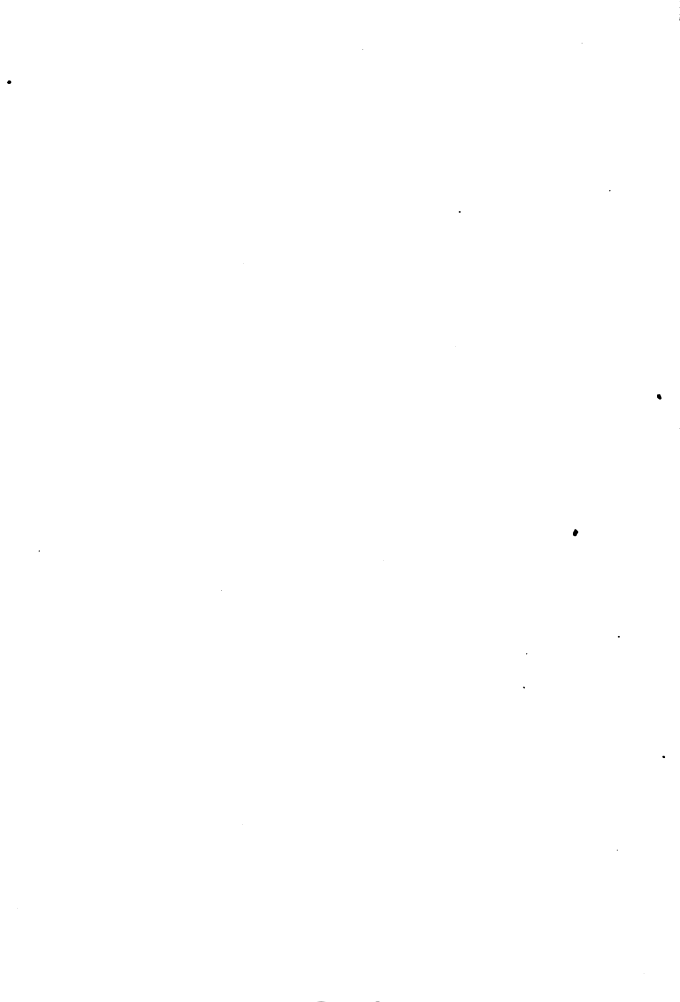
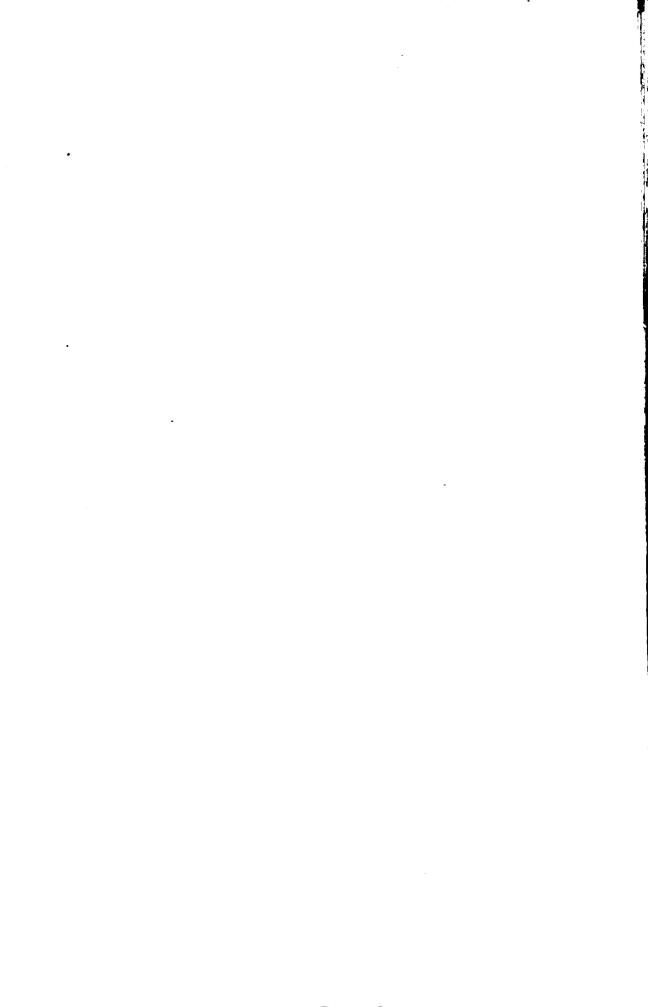


PQ1835

.A68A3







Molière

—

EL ENFERMO DE APRENSION

COMEDIA

MCMXXII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1922.

Baptiste Poquelin MOLIERE

El enfermo de aprensión

COMEDIA

La traducción del francés ha
sido hecha por J. I. de Alberti



✓
MADRID, 1922.

250001

PQ1835
.A68A3

9-27-32

Moliere Jd.

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8 - MADRID

EL ENFERMO DE APRENSION

PERSONAJES DE LA COMEDIA

Actores que la estrenaron en 1673.

ARGAN, <i>enfermo de aprensión...</i>	Molière.
BELISA, <i>segunda mujer de Argan.</i>	
ANGÉLICA, <i>hija de Argan.....</i>	Mlle. Molière.
LUISA, <i>hermana de Angélica...</i>	La niña Bauval.
BERALDO, <i>hermano de Argan.</i>	
CLEONTE, <i>enamorado de Angélica.....</i>	La Grange.
DIAFOIRUS, <i>médico.</i>	
TOMÁS DIAFOIRUS, <i>su hijo....</i>	Bauval.
PURGON, <i>médico de Argan.</i>	
FLEURANT, <i>boticario.</i>	
BONAFÉ, <i>notario.</i>	
ANTONIA, <i>criada.....</i>	Mlle. Bauval.

22
D
B

PERSONAJES DE LOS INTERMEDIOS

Del primer acto:

POLICHINELA.

UNA VIEJA.

VIOLINISTAS.

ALGUACILES, *cantantes y bailarines.*

Del segundo acto:

CUATRO GITANAS, *cantadoras.*

GITANOS y GITANAS, *cantantes y bailarines.*

Del tercer acto:

TAPICEROS, *bailarines.*

EL PRESIDENTE DE LA FACULTAD DE MEDICINA.

DOCTORES.

ARGAN, *bachiller.*

BOTICARIOS, *armados de morteros y manos para
majar.*

LAVATIVEROS.

CIRUJANOS.

La acción en París, en 1673.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ARGAN, solo en su alcoba y sentado a una mesa, ajusta con quitones las cuentas del boticario. Conversando consigo mismo, platica de este modo:

ARGAN

Tres y dos cinco, y cinco, diez, y diez más, veinte... Tres y dos, cinco. «Item, el día 24, una ayuda estimulante, preparatoria y emoliente, para ablandar, humedecer y refrescar las entrañas del señor.» Lo que más me agrada de Fleurant, mi boticario, es su cortesía: «Las entrañas del señor, seis reales.» Pero eso no basta, amigo mío; a más de correcto; es preciso ser razonable y no desplumar a los pacientes. ¡Seis reales por una lavativa!... Ya sabéis cuánto me satisface complacerlos; pero como en ocasiones anteriores me las habéis cobrado a cuatro reales, y en lenguaje de boticario cuando se dice veinte hay que entender diez, pongamos dos reales... «Item, en el mismo día, según prescripción, una buena ayuda detersiva, compuesta de catolicón doble, ruibarbo, miel rosada y otros, para

barrer, lavar y dejar limpio el bajo vientre del señor, seis reales.» Con su permiso, abonaremos sólo dos. «Item, en el mismo día, anochecido, un jarabe hepático, soporífero y soñoliento, destinado a dormir al señor, siete reales.» De esta partida no me puedo quejar, porque, en efecto, dormí a pierna suelta... «Item, el día 25, una excelente pócima purgante-corroborante, compuesta de casis fresco, sen levantino y otros, según receta del señor Purgon, destinada a expulsar y evacuar la bilis del señor, diez y ocho reales.» ¡Ah, mi señor Fleurant, esto es ya una burla! Hay que tener consideración con los enfermos, de los cuales vivís; y como el señor Purgon no os habrá ordenado que pongáis diez y ocho reales, cargaremos tan sólo doce, si no os molesta. «Item, en el mismo día, una poción anodina y astringente, para procurar reposo al señor, seis reales.» Bien... «Item, el día 26, una ayuda carminativa para expulsar las ventosidades del señor, siete reales.» Tres, señor Fleurant. «Item, la misma ayuda, repetida por la tarde, siete reales.» Tres... «Item, el día 27, un preparado enérgico, para estimular la expulsión y limpiar de malos humores al señor, doce reales.» Doce... Celebro que hayáis sido razonable en esta ocasión. «Item, en el día 28, una toma de suero clarificado y azucarado, para dulcificar, lenificar, atemperar y refrescar la sangre del señor, veinte.» Diez... «Item, una poción cordial y preservativa, compuesta de doce gramos de bezoar, jarabes de limón y granada y otras hierbas, según prescripción, veinte reales.» ¡Poco a poco, señor Fleu-

rant!... ¡Abusando de este modo, no habrá nadie que quiera estar enfermo!... Conformaos con doce reales... Tres y dos cinco, y cinco, diez, y diez, veinte... Doscientos veintitrés reales, cuarenta céntimos y treinta maravedises. Resulta, pues, que en el mes corriente he tomado... una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve medicinas; más una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce lavativas; mientras que en el mes anterior fueron doce medicinas y veinte ayudas. ¡Ahora me explico por qué no me encuentre este mes tan bien como el pasado! Se lo diré a Purgon para que me regularice el tratamiento... ¡A ver! Que se lleven todo esto de aquí... ¡No hay nadie?... ¡Por más que digo, siempre me han de dejar solo!... ¡No hay manera de conseguir que estén en su puesto! (*Toca una campanilla.*) Ellos que no atienden, y esta campanilla que no suena bastante... (*Vuelve a tocar.*) ¡Nada! (*Toca.*) ¡Están sordos!... ¡Antonia! (*Toca.*) ¡Como si no llamara!... ¡Perros! ¡Granujas! (*Toca de nuevo.*) ¡Me da una rabia! (*Deja la campanilla y grita.*) ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Pícaros de todos los diablos! ¡Es posible que abandonen de este modo a un pobre enfermo? ¡Tilín, tilín, tilín!... ¡Cabe nada más lastimoso! ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Dios mío, me dejan morir solo! ¡Tilín, tilín, tilín!

ESCENA II

ANTONIA

(Entrando.) ¡Ya va!

ARGAN

¡Ah, perra!

ANTONIA

(Fingiéndose haberse dado un golpe en la frente.)
 ¡Malhayan vuestras impaciencias!... De tal modo la aturrulláis a una, que a poco si me dejo los sesos en el quicio de un postigo.

ARGAN

(Furioso.) ¡Traidora!

ANTONIA

(Sin dejar de quejarse para interrumpirle e impedir que grite.) ¡Ay!

ARGAN

Hace...

ANTONIA

¡Ay!

ARGAN

¡Hace una hora...

ANTONIA

¡Ay, ay!

ARGAN

que me has abandonado!

ANTONIA

¡Ay!

ARGAN

¡Calla, granuja, y déjame que te reprenda!

ANTONIA

¡Eso es!... Encima de lo que me he hecho...

ARGAN

¡Tú me has hecho a mí desgañitarme, carroña!

ANTONIA

Y yo me he roto la cabeza; váyase una cosa por la otra. Estamos en paz.

ARGAN

¡Cómo, infame!

ANTONIA

Si continuáis regañándome, lloro.

ARGAN

¡Abandonarme así!

ANTONIA

(Insistiendo en su propósito de no dejarle hablar.)

¡Ay, ay, ay!

ARGAN

¡Lo que tú pretendes, perra...!

ANTONIA

¡Ay, ay!

ARGAN

¿Pero no he de tener ni la satisfacción de reñirte?

ANTONIA

¡Reñid, reñid hasta que os hartéis!

ARGAN

¡Si no me dejas, ladrona! ¡Si me interrumpes a cada palabra!

ANTONIA

Si vos tenéis la satisfacción de reñir, ¿por qué no he de tener yo la de llorar? A cada uno lo suyo.
¡Ay, ay!

ARGAN

¡Habrá que aguantarse!... Quítame esto, granuja, quítame esto. (*Se levanta.*) ¿Me ha hecho bastante operación la lavativa?

ANTONIA

¿La lavativa?

ARGAN

Sí. ¿He echado mucha bilis?

ANTONIA

¡A mí qué me importa! Eso no es cuenta mía; eso se queda para el señor Fleurant. El es el que debe

meter la nariz, ya que es él quien cobra las ganancias.

ARGAN

Que me tengan preparada una taza de caldo, para tomarla con la poción que me toca ahora.

ANTONIA

¡Bien se divierten a vuestra costa los señores Fleurant y Purgon! Han encontrado una vaca y la ordeñan a gusto. Quisiera yo saber qué enfermedad es la vuestra, que necesita de tantos remedios.

ARGAN

¡Calla, ignorante! ¡Quién eres tú para criticar las prescripciones de la medicina?... Ve a llamar a mi hija Angélica, que tengo que hablarle.

ANTONIA

Aquí viene. Parece que ha adivinado vuestros deseos.

ESCENA III

ARGAN, ANGÉLICA y ANTONIA.

ARGAN

Acércate, Angélica. Llegas a tiempo, porque quiero hablarte.

ANGÉLICA

Ya os escucho.

ARGAN

(Corriéndolo a sentarse en el bacín.) Aguarda:
Dame el bastón. Vuelvo al instante.

ANTONIA

(Riéndose de él.) ¡Corra, corra, señor!... ¡Lo que nos da que hacer el señor Fleurant!

ESCENA IV

ANGÉLICA y ANTONIA.

ANGÉLICA

(Mirándola lánguidamente y en tono confidencial.)
¡Antonia!

ANTONIA

¿Qué?

ANGÉLICA

Mírame.

ANTONIA

Ya os miro. ¿Qué hay?

ANGÉLICA

¡Antonia!

ANTONIA

¿Qué hay con tanto Antonia?

ANGÉLICA

¿No adivinas de lo que quiero hablarte?

ANTONIA

Me figuro que será de vuestro pretendiente; hace seis días que no habláis de otra cosa.

ANGÉLICA

Pues si lo sabes, ¿por qué no te apresuras a hablarme de él y me ahorras la vergüenza de ser yo quien te saque la conversación?

ANTONIA

Si no me dais tiempo.

ANGÉLICA

Es verdad. Te confieso que no me cansaría de hablar de él, y aprovecho todas las ocasiones para abrirte mi corazón. Dime, ¿repruebas tú mi enamoramiento?

ANTONIA

Ya me guardaría.

ANGÉLICA

¿Hago mal abandonándome a tan deliciosas emociones?

ANTONIA

¿Quién dice eso?

ANGÉLICA

¿Tú crees que yo debiera mostrarme insensible a las ternuras de su pasión?

ANTONIA

De ningún modo.

ANGÉLICA

Y ¿no te parece a ti, como a mí, que hay algo de providencial, algo... dispuesto así por el destino, en la forma imprevista de conocernos?

ANTONIA

Sí.

ANGÉLICA

Y el hecho de tomar mi defensa sin conocerme ¿no es digno de un caballero?

ANTONIA

Sí.

ANGÉLICA

De un hombre generoso.

ANTONIA

Conformes.

ANGÉLICA

¿Y la gallardía con que lo hizo?

ANTONIA

Es cierto.

ANGÉLICA

Y ¿es o no un buen mozo?

ANTONIA

Sí que lo es.

ANGÉLICA

Arrogante.

ANTONIA

Sin duda.

ANGÉLICA

Que en sus palabras, como en sus actos, tiene una distinción.

ANTONIA

Seguramente.

ANGÉLICA

Y ¿puede oírse lenguaje más apasionado que el suyo?

ANTONIA

Es verdad.

ANGÉLICA

Y ¿hay nada más enojoso que este recluimiento en que me tienen, privada de corresponder a los impulsos de esta mutua pasión que el cielo nos inspira?

ANTONIA

Tenéis razón.

ANGÉLICA

Pero ¿tú crees, Antonia, que me quiere tanto como dice?

ANTONIA

¡Cualquiera sabe! En cuestión de amores hay que andar siempre con cautela, porque el fingi-

miento semeja mucho a la verdad. Yo he visto algunos farsantes que lo remedan a maravilla.

ANGÉLICA

¿Qué estás diciendo, Antonia? Hablando como él habla, ¿sería posible que mintiera?

ANTONIA

De todos modos, bien pronto podréis salir de dudas. En la carta de ayer os dice que está decidido a pedir vuestra mano: este es el camino; esa es la prueba más palpable de la veracidad de sus palabras.

ANGÉLICA

Si me ha engañado, no volveré a creer jamás en ningún hombre.

ANTONIA

Ya vuelve vuestro padre.

ESCENA V

ARGAN, ANGÉLICA y ANTONIA.

ARGAN

(Sentándose.) Ahora, hija mía, te voy a dar una noticia que seguramente te cogerá de nuevas. Me han pedido tu mano. ¿Qué es eso?... ¿Te ríes? Bien mirado, no puede imaginarse noticia más halagüeña

para una joven... ¡Oh, naturaleza! Ya veo bien claro que no tengo para qué preguntarte si te quieres casar.

ANGÉLICA

Mi único deseo es obedeceros, padre mío.

ARGAN

Me complace esa sumisión. Hemos ultimado el asunto y ya estás prometida.

ANGÉLICA

Acataré a ojos cerrados vuestra voluntad, padre mío.

ARGAN

Tu madrastra pretendía que tú y Luisa, tu hermana menor, entrarais en un convento. Desde hace tiempo ese era su propósito.

ANTONIA

(Bajo.) ¡Su razón tiene la muy bribona!

ARGAN

(Continuando.) Por lo cual se negaba ahora a autorizar este matrimonio; pero he logrado reducirla y dar mi palabra.

ANGÉLICA

¡Cuánto tengo que agradecer a vuestras bondades, padre mío!

ANTONIA

Seguramente ésta es la acción más cuerda de vuestra vida.

ARGAN

Aun no conozco a tu futuro; pero me afirman que quedaré satisfecho y tú también.

ANGÉLICA

Seguramente, padre mío.

ARGAN

¿Cómo? ¿Tú le has visto?

ANGÉLICA

Puesto que vuestro consentimiento me autoriza a abriros mi corazón, no os ocultaré que hace seis días el azar nos puso frente a frente, y que la petición que os han hecho es consecuencia de una inclinación mutua, experimentada desde el primer instante.

ARGAN

No me habían dicho nada; pero me alegro, porque más vale que sea así. Según parece, se trata de un buen mozo.

ANGÉLICA

Sí, padre mío.

ARGAN

Arrogante.

ANGÉLICA

Sí.

ARGAN

De aspecto simpático;

ANGÉLICA

Ya lo creo.

ARGAN

De fisonomía franca.

ANGÉLICA

Muy franca.

ARGAN

Digno y juicioso.

ANGÉLICA

Precisamente.

ARGAN

Honrado.

ANGÉLICA

Como el que más.

ARGAN

Que habla el latín y el griego a maravilla.

ANGÉLICA

Eso no lo sabía yo.

ARGAN

Y que dentro de tres días será recibido médico.

ANGÉLICA

¿Médico, padre mío?

ARGAN

Sí. ¿Tampoco lo sabías?

ANGÉLICA

No. ¿Quién os lo ha dicho?

ARGAN

El señor Purgon.

ANGÉLICA

¿Lo conoce el señor Purgon?

ARGAN

¡Vaya una pregunta! No lo ha de conocer, si es su sobrino.

ANGÉLICA

¿Cleonte sobrino del señor Purgon?

ARGAN

¿Quién es ese Cleonte? Hablamos del joven que ha pedido tu mano.

ANGÉLICA

¡Claro!

ARGAN

Que es sobrino del señor Purgon e hijo de su cuñado, el señor Diafoirus, médico también. Ese joven

se llama Tomás: Tomás Diafoirus, y no Cleonte. Con él es con quien hemos acordado esta mañana tu boda, entre el señor Purgon, Fleurant y yo. Mañana mismo vendrá el padre a hacer la presentación de tu futuro. Pero ¿qué es eso? ¿Por qué pones esa cara de asombro?

ANGÉLICA

Porque vos hablabais de una persona y yo me refería a otra.

ANTONIA

¡Eso es una burla! Teniendo la fortuna que tenéis, ¿seríais capaz de casar a vuestra hija con un médico?

ARGAN

¿Quién te mete a ti donde no te llaman, imprudente?

ANTONIA

¡Calma! ¿Por qué no hemos de discutir sin acaloramientos? Hablemos tranquilamente. ¿Qué razones habéis tenido para consentir en ese matrimonio?

ARGAN

La razón de que, encontrándome enfermo — porque yo estoy enfermo —, quiero tener un hijo médico, pariente de médicos, para que entre todos busquen remedios a mi enfermedad. Quiero tener en mi familia el manantial de recursos que me es tan necesario; quien me observe y me recete.

ANTONIA

Eso es ponerse en razón. Cuando se discute pacíficamente, da gusto. Pero con la mano sobre el corazón, señor, ¿es de verdad que estáis enfermo?

ARGAN

¡Cómo, granuja! ¿Que si estoy enfermo?... ¿Si estoy malo, insolente?

ANTONIA

Conforme, señor; estáis malo. No vayamos a pelearnos por eso. Estáis muy malo, lo reconozco; mucho más malo de lo que os podéis figurar; estamos de acuerdo. Pero vuestra hija, al casarse, debe tener un marido para ella; y estando buena y sana, ¿qué necesidad hay de casarla con un médico?

ARGAN

Si el médico es para mí. Una buena hija debe sentirse dichosa casándose con un hombre que puede ser útil a la salud de su padre.

ANTONIA

¿Me permitís, señor, que os dé un consejo leal?

ARGAN

¿Qué consejo es ése?

ANTONIA

No volváis a pensar en ese matrimonio.

ARGAN

¿Por qué?

ANTONIA

Porque vuestra hija no consentirá en él.

ARGAN

¿Qué no consentirá?

ANTONIA

No.

ARGAN

¿Mi hija?

ANTONIA

Vuestra hija, que no quiere oír hablar del señor Diafoirus, ni de su hijo, ni de ninguno de los Diafoirus que anden por el mundo.

ARGAN

Pues yo, sí. Además, esa boda es un gran partido. El señor Diafoirus no tiene más hijo ni heredero que ese; y el señor Purgon, que es soltero, lega en favor de ese matrimonio sus ocho mil duros de renta.

ANTONIA

¡La de gente que habrá matado para hacerse tan rico!

ARGAN

Ocho mil duros de renta es una cantidad muy respetable; y unida al caudal del señor Diafoirus...

ANTONIA

Sí, sí. Todo eso está muy bien; pero yo insisto, y os vuelvo a repetir que le busquéis otro marido. No nació vuestra hija para ser la señora de Diafoirus.

ARGAN

¡Pues yo quiero que lo sea!

ANTONIA

¡Bah! ¡No digáis eso!

ARGAN

¡Cómo que no lo diga!

ANTONIA

¡No!

ARGAN

¡Y por qué no lo he de decir?

ANTONIA

Porque pensarán que no sabéis lo que os decís.

ARGAN

¡Que piensen lo que quieran; pero ella ha de cumplir la palabra que yo he dado!

ANTONIA

Estoy segura que no.

ARGAN.
La obligaré.

ANTONIA
Será inútil.

ARGAN
¡Pues se casará o la meteré en un convento!

ANTONIA
¿Vos?

ARGAN
¡Yo!

ANTONIA
¡Bah!

ARGAN
¿Qué es eso de ¡bah!?

ANTONIA
Que no la meteréis en ningún convento.

ARGAN
¿Que no la meteré en un convento?

ANTONIA
No.

ARGAN
¿Que no?

ANTONIA
No.

ARGAN

¡Esto sí que tiene gracia! De manera que, queriéndolo yo mismo, no meteré a mi hija en un convento.

ANTONIA

Os digo que no.

ARGAN

¿Quién me lo iba a impedir?

ANTONIA

Vos mismo.

ARGAN

¿Yo?

ANTONIA

Vos, que no podréis tener tan mal corazón.

ARGAN

¡Pues lo tendré!

ANTONIA

¡Esa es grilla!

ARGAN

¡Yo no hablo en chanza!

ANTONIA

Os entraré la ternura paternal.

ARGAN

¡Pues no me entrará!

ANTONIA

Un par de lagrimitas, echándoos los brazos al cuello, y un «papaíto mío» dicho con requiebro, bastarán para desarmaros.

ARGAN

Todo eso será inútil.

ANTONIA

¿A que no?

ARGAN

Te repito que no desistiré por nada.

ANTONIA

¡Pamplinas!

ARGAN

¡No me digas pamplinas!

ANTONIA

Os conozco, señor, y sé que sois bueno por naturaleza.

ARGAN

(*Indignado.*) ¡Yo no soy bueno, y seré malo cuando me dé la gana!

ANTONIA

No os encolericéis, señor. Acordaos de que estáis enfermo.

ARGAN

Le ordeno, terminantemente, que se disponga a casarse con quien yo le diga.

ANTONIA

Pues yo le prohibo en absoluto que lo haga.

ARGAN

Pero ¿en qué país vivimos? ¿Qué audacia es ésta de atreverse una pícara de sirvienta a hablarle de ese modo a su amo?

ANTONIA

Cuando un amo no sabe lo que se hace, una sirvienta con juicio tiene derecho a enmendarle la plana.

ARGAN

(Lanzándose sobre ella.) ¡Te voy a apabullar por insolente!

ANTONIA

(Huyendo.) ¡Tengo la obligación de impedir que mis señores se deshonren!

ARGAN

(Iracundo, enarbola el bastón y corre tras ella, que se escuda rodeando el sillón.) ¡Ven, ven, que yo te enseñaré a hablar!

ANTONIA

(Dando vueltas alrededor del sillón.) ¡Me interesa que no hagáis locuras!

ARGAN

(Siempre tras ella.) ¡Perra!

ANTONIA

No consentiré jamás en ese matrimonio.

ARGAN

¡Trapacera!

ANTONIA

No quiero que sea la mujer de ese Tomás Diafoirus.

ARGAN

¡Carroña!

ANTONIA

Y ella me hará más caso a mí que a vos.

ARGAN

¡Angélica, sujétame a esa pícara!

ANGÉLICA

¡Vamos, padre, que os vais a poner malo!

ARGAN

¡Si no la sujetas te maldigo!

ANTONIA

Y yo, si os obedece, la desheredo.

ARGAN

(Dejándose caer en un sillón, rendido de correr tras ella.) ¡Ay, no puedo más!... ¡Esto me costará la vida!

ESCENA VI

BELISA, ANGÉLICA, ANTONIA y ARGAN.

ARGAN

¡Ay, esposa mía, acércate!

BELISA

¿Qué tienes, pobrecito mío?

ARGAN

¡Socórreme!

BELISA

¿Qué es eso? ¿Qué es lo que te pasa, hijito mío?

ARGAN

¡Chacha mía!

BELISA

Querido.

ARGAN

Me han encolerizado.

BELISA

¿De veras, maridín mío? ¿Y cómo ha sido eso, tesoro?

ARGAN

¡Esa pillastre de Antonia, que cada día es más insolente!

BELISA

No te excites.

ARGAN

¡Me ha enrabiado, chachina!

BELISA

Calma, hijo mío.

ARGAN

Hace una hora que me lleva la contraria en todos mis propósitos.

BELISA

Vamos, yamos, cálmate.

ARGAN

¡Y ha tenido la avilantez de decirme que no estoy enfermo!

BELISA

¡Qué impertinencia!

ARGAN

Ya la conoces, corazón mío.

BELISA

Sí, entrañas; ha hecho muy mal.

ARGAN

Esa pícara será la causa de mi muerte, amor mío.

BELISA

¡Bah, bah!

ARGAN

¡Por su culpa tengo siempre el saco de la bilis rebosando!

BELISA

No te enfurezcas de ese modo.

ARGAN

Hace no sé el tiempo que te repito que le des la cuenta.

BELISA

Por Dios, hijo mío; no hay sirviente que no tenga defectos, y muchas veces hay que soportarles lo malo en gracia de lo bueno. Esta es hábil, cuidadosa, diligente y, sobre todo, fiel. Ya sabes cuántas precauciones hay que tomar antes de admitir gente nueva. ¡Antonia!

ANTONIA

Señora.

BELISA

¡Por qué enojas a mi marido?

ANTONIA

(*Con acento dulce.*) ¡Yo, señora? No me explico lo que decís, porque no vive una más que para dar gusto en todo al señor.

ARGAN

¡La muy traidora!

ANTONIA

Me decía que quiere casar a su hija con el hijo del señor Diafoirus, y yo le contestaba que el partido es excelente; pero qué me parecía mejor que la metiera en un convento.

BELISA

No hay motivos para que te enfades por eso; me parece que tiene razón.

ARGAN

¡No la creas, amor mío! ¡Es una malvada, que acaba de decirme mil insolencias!

BELISA

Te creo, amigo mío... Vamos, siéntate. Escucha, Antonia: si vuelves a enojar a mi marido, te planto en la calle... Tráeme su capotón enguatado y las almohadas, que voy a acomodarle en su sillón... Estás no sé cómo. Toma; encasquétate bien el gorro hasta las orejas, que no hay nada que acatarre tanto como el aire en los oídos.

ARGAN

¡Cuánto tengo que agradecerte, chacha mía, por los cuidados que te tomas conmigo!

BELISA

(Acomodándole las almohadas.) Levanta un poco que te remeta bien. Una a cada lado, otra en la espalda y otra para que reclines la cabeza.

ANTONIA

(Dándole un almohadazo en la cabeza y escapando.) Y ésta, para resguardaros del relente.

ARGAN

(Levantándose iracundo y tirándole todas las almohadas a Antonia.) ¡Quieres asfixiarme, bribona!

BELISA

¿Qué es eso? ¿Qué ocurre ahora?

ARGAN

(Muy abatido, dejándose caer en el sillón.) ¡Ay, ay!... ¡No puedo más!

BELISA

¿Por qué te exaltas de ese modo? Seguramente no ha tenido intención de molestarte.

ARGAN

Tú no conoces, amor mío, las truhanerías de esa malvada... Ha logrado sacarme de quicio, y tendré

que tomar lo menos ocho medicamentos y doce lavativas para reponerme.

BELISA

Vamos, vamos, chiquito; sosiégate un poco.

ARGAN

Tú eres mi único consuelo, vida mía.

BELISA

¡Pobre hijito mío!

ARGAN

Para recompensar tanta amorosa solicitud, ya te he dicho, corazón mío, que deseo hacer testamento.

BELISA

¡Ay, querido mío; te ruego que no hablemos de eso! De tal modo me horroriza esa idea, que la sola palabra testamento me hace estremecer de angustia.

ARGAN

Te dije que avisaras a tu notario.

BELISA

Vino conmigo, y ahí aguarda.

ARGAN

Hazle entrar, amor mío.

BELISA

¡Ay! Cuando se ama de verdad a un marido, no se puede pensar en estas cosas.

ESCENA VII

EL NOTARIO, BELISA y ARGAN.

ARGAN

Adelante, señor Bonafé. Acercaos y tomad asiento, si os place... Informado por mi mujer de vuestra honorabilidad y de la buena amistad que le profesáis, le encargué que os hablara de cierto testamento que quiero hacer.

BELISA

¡Yo no soy capaz de hablar de eso!

EL NOTARIO

La señora ya me ha puesto al corriente de vuestras intenciones y de los propósitos que os animan respecto a ella; pero mi deber es advertiros de que no podéis dejarle nada en testamento.

ARGAN

¿Y por qué?

EL NOTARIO

Porque la costumbre se opone. Si estuviéramos

en un país de leyes escritas, podría hacerse; pero en París, como en casi todos los países rutinarios, donde la costumbre hace ley, es imposible; la disposición sería nula. Todos los anticipos que puedan hacerse entre un hombre y una mujer, coyundados por legítimo matrimonio, se consideran como mutuas dádivas hechas en vida; pero, aun en este caso, es condición precisa que no haya hijos de por medio; ya sean de los cónyuges o de uno de ellos habido en matrimonio anterior.

ARGAN

¡Pues es una costumbre de verdad cargante que un marido no pueda dejar nada a una esposa que le ama tiernamente y que se desvive en atenciones! Quisiera consultar a mi abogado para ver qué solución me daba.

EL NOTARIO

¡Dejaos de abogados, que suelen ser gentes meticolosas y que consideran como un crimen el testar contrariamente a lo instituido. Todo se les vuelve dificultades e ignoran los recovecos de la conciencia. Hay otras personas a quien consultar, que son más acomodaticias, que tienen expedientes para deslizarse bordeando la ley y dándole validez a lo que no se considera como lícito; gentes que saben allanar dificultades y encuentran medios de eludir la costumbre por cualquier procedimiento indirecto. Si no se pudiera hacer esto, ¿dónde iríamos a parar? Es preciso dar facilidades; de otro modo no haríamos nada y habría que dejar el oficio.

ARGAN

Mi mujer me había dicho, señor, que érais hombre hábil y muy docto. Decidme qué es lo que puedo hacer para dejarle a ella mis bienes, saltando por encima de los derechos de mis hijos.

EL NOTARIO

¡Qué podéis hacer?... Pues elegir, sigilosamente, entre los amigos de vuestra esposa y dejar a uno de ellos, cumpliendo con todos los requisitos legales, una parte de vuestra fortuna; este amigo, más tarde, hará entrega del legado a la señora. Podéis también contraer un número considerable de deudas y atenciones, no sospechosas, en favor de unos fingidos acreedores, que darán sus nombres por complacer a vuestra esposa, y a la cual harán entrega de un documento privado declarando este extremo. Podéis, por último, entregarle en vida cantidades en metálico o en valores al portador.

BELISA

Dios mío, no te atormentes por esto. Si tú llegaras a faltarme, hijo mío, yo no podría seguir en el mundo.

ARGAN

¡Vida mía!

BELISA

Sí, querido; si tengo la desgracia de perderte...

ARGAN

¡Querida esposa!

BELISA

La vida no tendrá ya para mí ningún interés.

ARGAN

¡Amor mío!

BELISA

Seguiría tus pasos para hacerte ver toda mi ternura.

ARGAN

¡Me partes el corazón, chacha mía!... ¡Cálmate te lo suplico!

EL NOTARIO

Vuestras lágrimas son extemporáneas; no hemos llegado aún a esos extremos.

ARGAN

Si muero, mi mayor pesadumbre será el no haber tenido un hijo tuyo. Purgon me ofreció que él me haría tener uno.

EL NOTARIO

Aun pudiera ocurrir.

ARGAN

Es preciso hacer ese testamento, amor mío, en la forma que nos ha indicado el señor; pero, por precaución, quiero entregarte veinte mil francos en oro, que tengo escondidos en mi alcoba, y dos letras aceptadas, una por Damon y otra por Gerante.

BELISA

No, no; no tomaré nada... ¿Cuánto dices que tienes en la alcoba?

ARGAN

Veinte mil francos, amor mío.

BELISA

No hablemos de intereses, te lo ruego... Y ¿de cuánto son las letras?

ARGAN

Una de cuatro mil francos y otra de seis mil.

BELISA

Todos los bienes de este mundo no valen lo que tú.

EL NOTARIO

¿Procedemos a redactar el testamento?

ARGAN

Sí, señor. Pero mejor será que nos vallamos a mi despacho. ¿Quieres ayudarme, amor mío?

BELISA

Vamos, hijito.

ESCENA VIII

ANGÉLICA *y* ANTONIA.

ANTONIA

Están con un notario y les he oído hablar de testamento. Vuestra madrastra no se duerme; seguramente ha urdido alguna maquinación contra vuestros dineros y ha complicado en ella a vuestro padre.

ANGÉLICA

Que disponga de todos sus bienes como quiera, con tal que no disponga de mi corazón. Ya has visto las violencias que le amenazan; no me abandones en este trance, por Dios te lo pido.

ANTONIA

¿Abandonaros yo? Antes la muerte. Vuestra madrastra me ha honrado haciéndome su confidente e interesándome en sus manejos; pero yo, que no le tengo el menor apego, trabajaré por cuenta vuestra. Dejadme hacer a mí, que he de recurrir a todo por serviros; y, para poder hacerlo con más eficacia, cambiaré de puntería, ocultando el interés que tengo por vos y fingiendo ponerme de parte de vuestro padre y de vuestra madrastra.

ANGÉLICA

Procura poner al corriente a Cleonte del matrimonio que han acordado.

ANTONIA

No tengo más persona de quien echar mano que del viejo usurero Polichinela, mi pretendiente; me bastarán cuatro palabras tiernas, que emplearé a gusto por serviros. Hoy, ya es tarde; pero mañana, muy temprano, le mandaré llamar y se volverá loco de...

BELISA

¡Antonia!

ANTONIA

Me llaman. Buenas noches, y confiad en mí.

(La decoración cambia, representando ahora una calle.)

FIN DEL PRIMER ACTO

PRIMER INTERMEDIO

Es de noche, y POLICHINELA viene a dar serenata a su amada. Le interrumpen, primeramente, los violinistas, contra los cuales monta en cólera, y después, la patrulla compuesta de músicos y danzantes.

POLICHINELA

¡Oh, amor, amor, amor, amor!... ¿Qué diablo de fantasías se te han metido en la cabeza, desdichado Polichinela? Abandonas tu negocio y olvidas completamente todas tus atenciones. No comes, apenas si bebes, pasas las noches en claro, y todo esto ¿por qué?... Por una dragona, una verdadera dragona; una diablesa, que te rechaza y que se burla de cuanto le digas. Pero es inútil razonar sobre este punto, pues eres tú, Amor, quien lo ordena, y es necesario enloquecer, como le ha sucedido a tantos otros. Verdaderamente, no es esto lo que mejor le cuadra a un hombre de mis años; pero... ¿qué le vamos a hacer? La discreción no depende de nuestra voluntad, y un viejo puede perder la cabeza de igual modo que un mozalbete... Voy a ver si logro amansar un tanto a mi tigresa, dándole serenata. En ocasiones no hay nada tan conmovedor como

un amante que se llega a la puerta de la adorada
y le canta sus dolencias a los goznes y los cerrojos.
He aquí con qué acompañar mi voz. ¡Oh noche,
querida noche; lleva mis cuitas amorosas hasta el
mismo lecho de mi inflexible! (*Canta.*)

Notte e dí v'amo e v'adoro.
Cerco un sí per mio ristoro;
ma si voi dite di no,
bell'ingrata, io moriró.

Fra la speranza
s'afflige il cuore,
in lontananza
consuma l'hore;
sí dolce inganno
che mi figura
breve l'affanno,
ahi, troppo dura!

Cosí per tropp'amar languisco e muoro.
Notte e dí v'amo... etc.

Se non dormite,
almen pensate
alle ferite
ch'al cuor mi fate;
deh! almen fingete
per mio conforto,
se m'uccidete,
d'haver il torto:

vostra pieta mi scemera' il martoro.
Notte e dí v'amo... etc.

*(Aparecé en la ventana una vieja, que le responde
còn burlas.)*

Zerbinetti, ch'ogn'hor con finti sguardi,
mentiti desiri,
fallaci sospiri,
accenti buggiardi,
di fede vi pregiate,
ah! che non m'ingannati.
Che gia so per prova,
ch'in vai non si trova
constanza nè fede;

Oh! quanto é pazza colei chei che vi crede.

Quei sguardi languidi
non m'innamorano,
quei sospir fervidi
piu non m'infianno;
vel giuro a fe.
Zerbino misero,
del vostro piangere
il mio cor libero
vuol sempre ridere.

Credet'a me
che gia so per prova
ch'in voi non si trova
constanza nè fede;

Oh, quanto e pazza colei que vi crede!

(Los violines comienzan a tocar.)

POLICHINELA

¡Qué impertinente armonía ésta, que viene a interrumpir mi voz?

(Violines.)

POLICHINELA

¡Por vida de!... ¡Callen esos violines! Dejad que lamente a mis anchas las crueldades de mi inexorable.

(Violines.)

POLICHINELA

¡Silencio os digo! Soy yo quien desea cantar.

(Violines.)

POLICHINELA

¡Pecie a tal!

(Violines.)

POLICHINELA

¡Hola!

(Violines.)

POLICHINELA

¡Ay, ay, ay!

(Violines.)

POLICHINELA

¡Es vaya?

(Violines.)

POLICHINELA

¡Oh, qué zahurda!

(Violines.)

POLICHINELA

¡Que el diablo os lleve!

(Violines.)

POLICHINELA

¡Maldita sea!

(Violines.)

POLICHINELA

¡No os callaréis?... ¡Por vida de Dios!

(Violines.)

POLICHINELA

¡Aún más?

(Violines.)

POLICHINELA

¡Mala peste de violines!

(Violines.)

POLICHINELA

¡Vaya una musiquita imbécil!

(Violines.)

POLICHINELA

(Canta, remedando a los violines, para burlarse de ellos.) La, la, la, la, la.

(Violines.)

POLICHINELA

La, la, la, la, la.

(Violines.)

POLICHINELA

La, la, la, la, la.

(Violines.)

POLICHINELA

La, la, la, la, la.

(Violines.)

POLICHINELA

La, la, la, la, la.

(Violines.)

POLICHINELA

(Con el laúd en la mano, haciendo como si punteara en él, pero imitando con la boca el sonido.) Plin,

plan, plun, plin... De veras que esto es muy divertido. Continúen, señores viplinistas, porque me agrada extraordinariamente. Vamos, sigan tocando... Al fin los he hecho callar. La música esta acostumbra a no hacer nunca lo que se le pide. ¡Volvamos a lo nuestro! Antes de comenzar el canto, conviene preludiar algunas tocatas para ponerse a tono. Plan, plan, plan... Plin, plin, plin... Mal tiempo para afinar el laúd. Plin, plin, plin. Plin, plan. Plan, plan. Con la humedad que hace se aflojan las cuerdas. Plin, plan... Siento ruido. Pongamos el laúd contra la pared.

(Pasa una ronda de alguaciles, que acude al ruido y pregunta, cantando.)

LA RONDA

¡Quién va? ¡Quién va?

POLICHINELA

(Muy quedo.) ¡Qué diablos es esto? ¡Estará de moda hablar cantando?

LA RONDA

¡Quién va?... ¡Quién va?... ¡Quién va?...

POLICHINELA

(Aterrado.) ¡Yo, yo, yo!

LA RONDA

¡Quién va?... ¡Quién va, pregunto?

POLICHINELA

Os respondo que yo.

LA RONDA

Y ¿quién eres tú?

POLICHINELA

¡Yo, yo, yo, yo, yo, yo!

LA RONDA

¡Di tu nombre!

POLICHINELA

(Echándolas de bravo.) Me llamo... ¡que os ahorquen!

LA RONDA

¡A mí!... ¡Venid!... ¡Aquí!
 ¡Prended al insolente
 que nos contesta así!

BAILABLE

(Entra la patrulla de músicos y danzantes, que en la obscuridad finge buscar a Polichinela.)

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Quién va?

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Quiénes son estos pícaros?

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Eh!

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Hola!... ¡Mis lacayos, mis gentes!

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Tendré que matarlos!

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Acribillarlos!

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Tumbarlos!

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Los de Champaña, Poitevin, Picardia; vascos, bretones!...

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

¡Dadme mi mosquete!

(Tocan y bailan.)

POLICHINELA

(Hace como si disparara.) ¡Pum!

(Todos los que componen la patrulla se echan a tierra, escabuyéndose luego.)

POLICHINELA

(Riendo con mofa.) ¡Ja, ja, ja! ¡Los he aterrado! ¡Vaya unos imbéciles; se asustan de mí, que estoy muerto de miedo!... Indudablemente, no hay como coger la vez; si yo no me las doy de gran señor y me las echo de bravo, me aspan!... ¡Ja, ja, ja!

(Los ALGUACILES, que se han aproximado y lo escuchan, le echan mano.)

LA RONDA

¡Venid, que ya es nuestro!... ¡Vamos, traed luces

BAILABLE

(Los ALGUACILES entran con linternas.)

ALGUACILES

¡Ah, bribón, traidor, granuja!... ¡Temerario, imprudente, merodeador, ahorcado!... ¿Querías asustarnos?

POLICHINELA

¡Es que estoy bebido, señores!

ALGUACILES

¡No te valdrán excusas!... Para que aprendas, ¡a la cárcel!... ¡Vamos, a la cárcel!

POLICHINELA

¡Señores, que no soy un ladrón!

ALGUACILES

¡A la cárcel!

POLICHINELA

Pero ¿qué he hecho yo?

ALGUACILES

¡Vamos andando! ¡A la cárcel!

POLICHINELA

¡Déjenme marchar!

ALGUACILES

¡No!

POLICHINELA

Os lo ruego.

ALGUACILES

¡No!

POLICHINELA

¡Por favor!

ALGUACILES

¡Que no!

POLICHINELA

¡Señores!

ALGUACILES

¡No, no y no!

POLICHINELA

¡Por caridad!

ALGUACILES

¡No!

POLICHINELA

¡En nombre del cielo!

ALGUACILES

¡No!

POLICHINELA

¡Piedad!

ALGUACILES

¡No, no y no! Es preciso que aprendas. ¡A la cárcel!

POLICHINELA

¿No habrá nada que pueda enterneceros?

ALGUACILES

Es fácil conmovernos, porque tenemos un corazón más humano de lo que se cree. Dadnos buena-mente seis luses para echar un trago y os dejamos marchar.

POLICHINELA

Créanme, señores; les aseguro que no llevo ni un céntimo encima.

ALGUACILES

Pues elegid entre seis luses, treinta cocas o doce palos.

POLICHINELA

Si no hay otro remedio, prefiero las cocas.

ALGUACILES

Preparaos, y llevad bien la cuenta.

BAILABLE

(Los ALGUACILES bailan, y al compás de la danza le van dando cocas.)

POLICHINELA

Uno y dos, tres y cuatro, cinco y seis, siete y

ocho, nueve y diez, once y doce, trece y catorce y quince...

ALGUACILES

¡Alto, que ha hecho trampa!... Volvamos a empezar.

POLICHINELA

¡Bueno está ya, señores, que tengo la cabeza hecha una breva!... ¡Preferibles son los palos!

ALGUACILES

Está bien. Si al señor le agradan más los palos, estamos dispuestos a complacerle.

BAILABLE

(Bailan, y al compás de la danza lo apalean.)

POLICHINELA

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, ¡ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡No puedo aguantar más!... Ahí van, señores: los seis luses.

ALGUACILES

¡Hombre más honrado!... ¡Alma más noble! Quedaos con Dios, señor... Adiós, señor Polichinela.

POLICHINELA

Buenas noches.

ALGUACILES

Quedaos con Dios, señor... Adiós, señor Polichinela.

POLICHINELA

Servidor.

ALGUACILES

Quedaos con Dios, señor... Adiós, señor.

POLICHINELA

Hasta la vista.

(Los ALGUACILES bailan, haciendo sonar el dinero.)

FIN DEL PRIMER INTERMEDIO



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

ANTONIA y CLEONTE.

ANTONIA

¿Qué desea el señor?

CLEONTE

¿Lo que deseo?

ANTONIA

¡Ah, que sois vos!... ¡Qué sorpresa! ¡Qué venís a hacer aquí?

CLEONTE

A saber cuál es mi destino; a hablar con Angélica; a consultar los sentimientos de su corazón y conocer su propósito sobre ese matrimonio fatal de que me ha advertido.

ANTONIA

Sí; pero no es tan fácil hablar con la señorita. Es preciso idear una treta, porque ya sabéis la estrecha vigilancia en que vive, sin que se la permita salir, ni hablar con nadie. Sólo en obsequio a una

anciana tía se le concedió aquella vez ir al teatro, donde la conocisteis; y Dios nos libre de hablar de esa aventura.

CLEONTE

Por eso mismo no he querido venir aquí como Cleonte, sino como amigo del maestro de música de Angélica, al que he podido convencer de que me ceda su puesto.

ANTONIA

Aquí llega el padre. Retiraos a un lado, que voy a anunciarle la visita.

ESCENA II

ARGAN, ANTONIA y CLEONTE.

ARGAN

(Consigno mismo, muy perplejo.) El médico me ha ordenado que pasee todas las mañanas, aquí mismo, en mi alcoba, de acá para allá, doce veces a un lado y doce al otro; pero se me olvidó preguntarle si los paseos deben ser a lo largo o a lo ancho de la habitación.

ANTONIA

Señor... Ahí está...

ARGAN

¡Habla bajo, pécora! Me aturdes el cerebro, sin

tener en cuenta que a los enfermos no se les puede gritar.

ANTONIA

Quería advertiros de que...

ARGAN

¡Que hables bajo te digo!

ANTONIA

Señor... (*Gesticula como si hablara.*)

ARGAN

¿Qué?

ANTONIA

Os decía... (*Hace como si hablara.*)

ARGAN

Pero ¿qué es lo que dices?

ANTONIA

(*Alto.*) Digo que hay ahí un hombre que quiere hablar con el señor.

ARGAN

Que pase.

(*ANTONIA hace señas a CLEONTE para que se acerque.*)

CLEONTE

Señor...

ANTONIA

(*Con zumba.*) No habléis tan alto, que le re-
tiemblan los sesos al señor.

CLEONTE

Celebro el encontraros levantado y ver que estáis
mejor.

ANTONIA

(*Fingiendo indignación.*) ¿Quién os ha dicho que
está mejor? No es cierto: el señor sigue mal.

CLEONTE

He oído decir que el señor estaba más aliviado,
y a juzgar por el semblante...

ANTONIA

¿Qué queréis decir con eso del semblante? El
señor tiene muy mala cara, y es una impertinencia
decir que está mejor. Nunca estuvo tan mal como
ahora.

ARGAN

Tiene razón.

ANTONIA

Anda, duerme, come y bebe como todo el mundo;
pero, a pesar de eso, está muy mal.

ARGAN

Es verdad.

CLEONTE

Lo lamento, señor... Yo venía de parte del maes-

tro de música de vuestra hija, que se ha visto precisado a marchar al campo por unos días; y, como tenemos una gran amistad, me ha rogado que continuase las lecciones, temeroso de que, al interrumpirlas, pueda olvidar vuestra hija lo que ya ha aprendido.

ARGAN

Perfectamente. Llama a Angélica.

ANTONIA

Será mejor que el señor vaya a buscarla a su alcoba.

ARGAN

No. Dile que venga.

ANTONIA

Les conviene cierto recogimiento para dar la lección.

ARGAN

No.

ANTONIA

Además, que os van a aturdir, y en el estado en que estáis lo peor es que os carguen la cabeza.

ARGAN

Te digo que no. La música me deleita y me encontraré muy a gusto... Aquí viene ella. Ve a ver si mi mujer se ha levantado.

ESCENA III

ARGAN, ANGÉLICA y CLEONTE.

ARGAN

Ven acá, hija mía. Tu maestro de música ha tenido que ausentarse y envía a este amigo en su lugar.

ANGÉLICA

¡Cielos!

ARGAN

¡Qué es eso? ¡De qué te sorprendes?

ANGÉLICA

Es que...

ARGAN

¡Qué?

ANGÉLICA

Una extraña coincidencia.

ARGAN

¡Cuál?

ANGÉLICA

Esta misma noche, soñando, me encontraba en el trance más arriesgado, y, de improvviso, apareció un caballero enteramente idéntico a este señor. Yo le pedí socorro, y él, acudiendo en mi ayuda, me

libertó del peligro. Figuraos mi sorpresa al encontrar ahora aquí a la persona con quien he estado soñando toda la noche.

CLEONTE

Feliz ocurrencia la de ocupar vuestro pensamiento, ya en sueños ya en vigilia; pero mi dicha sería mucho mayor si al encontraros en verdadero trance me juzgarais digno de socorredos. No habría peligro al que no me arriesgara...

ESCENA IV

ANTONIA, CLEONTE, ANGÉLICA y ARGAN.

ANTONIA

(Entrando y con zumba.) Señor, me vuelvo atrás de todo lo que os dije ayer y me pongo de vuestra parte. Ahí están el señor Diafoirus y su hijo, que vienen a saludaros. ¡Vaya si vais a enyernar bien!... No hay joven más lucido ni más inteligente en el mundo. No ha dicho mas que dos palabras y ya me ha hecho tilín; vuestra hija va a quedar encantada.

ARGAN

(A CLEONTE, que hace intención de salir.) No os marchéis. Caso a mi hija, y he aquí que le traen a su futuro esposo, al que aun no conoce.

CLEONTE

Me honráis demasiado, señor, haciéndome testigo de esta escena.

ARGAN

El es hijo de un médico afamado. Espero que dentro de cuatro días celebraremos la boda.

CLEONTE

Muy bien.

ARGAN

Avisad a vuestro amigo, el maestro de música, para que no falte a la ceremonia.

CLEONTE

No faltará.

ARGAN

Y a vos también os ruego que asistáis.

CLEONTE

Honradísimo.

ANTONIA

Preparados, que ya están aquí.

ESCENA V

DICHOS, DIAFOIRUS y TOMÁS DIAFOIRUS.

ARGAN

(Llevándose la mano al gorro, pero sin quitárselo.)
Perdonad, pero tengo prohibido descubrirme. Vos, que sois del oficio, conoceréis las razones.

DIAFOIRUS

Nuestra presencia debe proporcionar alivio y no incomodidad al enfermo.

ARGAN

Acepto... *(Hablan los dos a un tiempo, interrumpiéndose el uno al otro a cada palabra, lo que ocasiona un verdadero galimatías.)*

DIAFOIRUS

Venimos...

ARGAN

Con regocijo...

DIAFOIRUS

Mi hijo Tomás y yo...

ARGAN

El honor que me hacéis...

DIAFOIRUS

A testimoniaros...

ARGAN

Y hubiera deseado...

DIAFOIRUS

El regocijo que experimentamos...

ARGAN

Ir a visitaros...

DIAFOIRUS

Por la merced que nos habéis hecho...

ARGAN

Para expresaros mi reconocimiento...

DIAFOIRUS

Accediendo a recibirnos...

ARGAN

Pero ya sabéis vos...

DIAFOIRUS

Y' honrándonos...

ARGAN

Lo que es un pobre enfermo...

DIAFOIRUS

Con esta unión...

ARGAN

Y que ha de conformarse...

DIAFOIRUS

Queremos hacer constar de igual modo...

ARGAN

Con deciros ahora...

DIAFOIRUS

Que en aquello que dependa de nuestro oficio...

ARGAN

Que no perderá ocasión...

DIAFOIRUS

Como en todo momento...

ARGAN

De daros a conocer...

DIAFOIRUS

Estaremos solícitos...

ARGAN

Su adhesión...

DIAFOIRUS

A expresaros nuestro celo. *(Se vuelve a su hijo y le dice.)* Avanza tú ahora, Tomás, y presenta tus homenajes.

TOMÁS

(Es un grandísimo necio, patarroso, que lo hace

todo a destiempo.) ¿No es por el padre por quien debo empezar?

DIAFOIRUS

Sí.

TOMÁS

Señor: Aquí llego a saludar, reconocer, amar y reverenciar a un segundo padre. Pero a un segundo padre al cual, me atrevo a declararlo, soy más deudor que al primero. El primero me ha engendrado; vos me habéis elegido. Aquél me acogió por obligación; vos me adoptáis graciosamente. Lo que recibí del primero fué obra de la materia; lo que de vos recibo es acto de la voluntad; y tanto más las facultades espirituales son superiores a las materiales, tanto más os debo y tanto más aprecio esta futura unión, por la cual vengo ahora a expresaros anticipadamente mis más humildes y rendidos respetos.

ANTONIA

¡Bendito sea el colegio de donde salen estos hombres!

TOMÁS

¿He estado bien, padre?

DIAFOIRUS

¡Óptimo!

ARGAN

(A ANGÉLICA.) Vamos, saluda al señor.

TOMÁS

(A DIAFOIRUS.) ¿Debo besarle la mano?

DIAFOIRUS

Sí, sí.

TOMÁS

(A ANGÉLICA.) Señora: Con justicia os ha concedido el cielo el título de madre, puesto que...

ARGAN

Esa no es mi mujer, es mi hija.

TOMÁS

Pues ¿dónde está?

ARGAN

Vendrá ahora.

TOMÁS

(A DIAFOIRUS.) ¿Aguardo a que venga?

DIAFOIRUS

Sahuda a la hija.

TOMÁS

Señorita: Así como de la estatua de Memnón salían sonidos armoniosos al ser iluminada por los rayos del sol, de igual manera me siento yo animado de un dulce transporte al recibir los resplandores de vuestra belleza. Y del mismo modo que, según observan los naturalistas, la flor llamada heliotropo gira sin cesar hacia el astro del día, así mi

corazón desde ahora girará de continuo atraído por el fulgor de vuestros ojos adorables, que son mi único polo... Permitid, señorita, que deposite hoy en el altar de vuestros encantos la ofrenda de este corazón, que ni alienta ni ambiciona otra gloria que la de ser mientras viva vuestro muy humilde, muy obediente y muy fiel servidor y marido.

ANTONIA

(En chanza.) ¡Ya merece la pena quemarse las pestañas estudiando y poder decir luego cosas tan lindas!

ARGAN

(A CLEONTE.) ¿Qué decís vos de esto?

CLEONTE

Que estoy maravillado de oír al señor, y que si es tan buen médico como orador notable, dará gusto enfermar para ser asistido por él.

ANTONIA

Seguramente. Si sus curaciones son como sus discursos, será cosa de pasmo.

ARGAN

Vaya, acérquenme mi butaca, y sentémonos todos. Tú aquí, hija mía. *(A DIAFOIBUS.)* Os doy la enhorabuena por tener tal hijo; ya veis cómo todos le admiran.

DIAFOIRUS

Señor: No es porque sea mi hijo, pero tengo motivos sobrados para estar orgulloso. Todo el que le conoce habla de él como de un joven que no tiene pero. Nunca tuvo la imaginación viva, ni esa fogosidad que se echa de ver en algunos; pero por eso mismo auguré siempre que sería juicioso, cualidad indispensable para el ejercicio de nuestra profesión. De pequeño, jamás se le tuvo por un muchacho listo y despejado, como suele decirse: de carácter dulce, apacible y taciturno, no se le vió nunca entretenido en esas múltiples distracciones que se llaman juegos infantiles. A los nueve años aun no conocía las letras, y costó Dios y ayuda enseñarle a leer... «¡Bien!—me decía yo—; los árboles tardíos son los que dan mejores frutos. Por costar más trabajo grabar en el mármol que escribir en la arena, son más duraderos los caracteres. Esta lentitud de comprensión, esta escasez imaginativa son síntomas de buen juicio en el porvenir.» Sus primeros años de colegio fueron muy duros; pero su obstinación supo vencer todas las dificultades, haciéndose lenguas sus profesores en elogio de su constancia y asiduidad en el trabajo... Al fin, a fuerza de batir en el yunque, ganó brillantemente su licenciatura; y puedo decir, sin envanecerme, que en las controversias suscitadas en nuestro colegio, desde hace dos años, ninguno armó tanto ruido como él. Es un discutidor formidable, que no deja pasar proposición sin llevar la contraria; y conservando su frialdad en la disputa, aferrado como un turco a sus

principios, no cede jamás en sus opiniones y lleva el razonamiento hasta los límites más recónditos de la lógica. Pero sobre todas sus cualidades la que más me agrada es que, guiándose de mi ejemplo, sigue ciegamente los principios de la escuela anti-gua, sin que haya querido discutir ni prestar atención a esos pretendidos adelantos y experiencias de nuestro siglo, tales como la circulación de la sangre y otras divagaciones de igual calibre.

TOMÁS

(*Sacando un enorme mamotreto que ofrece a ANGÉLICA.*) He aquí la tesis sostenida por mí contra los partidarios de la circulación. Con la venia de vuestro padre, os la ofrezco como primicias de mi ingenio.

ANGÉLICA

¿Para qué quiero yo eso si no entiendo jota?

ANTONIA

Dádmelo, dádmelo a mí, que recortaré la orla y la pondré en mi cuarto.

TOMÁS

Igualmente con permiso de vuestro padre, os invito a que asistáis uno de estos días a la disección de una mujer. Es un espectáculo muy entretenido y en el que tengo que actuar.

ANTONIA

Debe de ser divertidísimo. Hay quien lleva al

teatro a su dama; pero invitarla a una disección es mucho más galante.

DIAFOIRUS

Por lo demás, en lo que respecta a las cualidades que se requieren para el matrimonio y la propagación de la especie, puedo aseguraros que, según las reglas del arte, está a pedir de boca: posee en un grado loable la virtud prolífica, y su temperamento es justamente el que se requiere para engendrar y procrear hijos fuertes.

ARGAN

¿Y no entra en vuestros cálculos el irlo introduciendo en la corte y obtenerle una plaza de médico?

DIAFOIRUS

Si he de deciros la verdad, nuestra profesión al lado de esa gente grande es muy desairada. Yo he preferido siempre vivir del público. Es más cómodo, más independiente y de menos responsabilidad, porque nadie viene a pedirnos cuentas; y con tal de que se observen las reglas del arte, no hay que inquietarse por los resultados. En cambio, asistiendo a esos señorones, siempre se está en vilo, porque apenas caen enfermos quieren decididamente que el médico los cure.

ANTONIA

¡Vaya una gracia! ¡Se necesita ser impertinente

para pretender que lo cure el médico! Los médicos no son para eso; los médicos no tienen más misión que la de recetar y cobrar; el curarse o no, es cuenta del enfermo.

DIAFOIRUS

¡Claro está! Uno no tiene más obligación que la de seguir el formulario.

ARGAN

(A CLEONTE.) Haced un poco de música para que los señores oigan a mi hija.

CLEONTE

Aguardaba vuestro mandato; pero ya había yo pensado, para hacer más agradable esta reunión, que cantáramos algunos pasajes de una obra nueva, recientísima. (*Dando unos papeles a ANGÉLICA.*) Tomad vuestro papel.

ANGÉLICA

¿Yo?

CLEONTE

(*Bajo a ANGÉLICA.*) Os ruego que accedáis y que me dejéis explicaros la escena que vamos a representar. Yo tengo poca voz, pero la suficiente para que me escuchen y acompañaros sin desentonar.

ARGAN

¿Son bonitos los versos?

CLEONTE

Se trata de una improvisación hecha en prosa rimada à modo de verso libre, con objeto de que los personajes expresen más espontáneamente su pasión.

ARGAN

Está bien. Ya escuchamos.

CLEONTE

Un pastor explica a su adorada todo el proceso de su amor, desde el instante en que se conocieron; luego, ambos, haciendo la situación suya, se replican cantando. He aquí el asunto. A un pastor que asiste al espectáculo vienen a distraerle de su atención unas palabras violentas que escucha a su lado. Se vuelve, y viendo a un bárbaro que insulta brutalmente a una pastora, toma la defensa del sexo al que todos los hombres deben homenaje. Primeramente aplica al grosero el castigo que merece su insolencia; después, acudiendo al lado de la pastora, descubre los ojos más lindos que jamás se hayan visto, vertiendo las lágrimas más bellas del mundo. «Pero ¿es posible—se dice—que haya alguien capaz de ofender a semejante criatura?... ¿Qué inhumano salvaje no se estremecería ante estas lágrimas?» El pastor procura contenerlas, y de tal modo la amable pastora agradece su solicitud; con tal encanto, tan tierna y apasionadamente, que el pastor no puede resistir, y cada palabra, cada mirada es un dardo inflamado que penetra en su

corazón. «¿Hay algo que pueda merecer tal reconocimiento?—dice él—. Y ¿qué no haría yo... qué servicios y a qué peligros no me arrojara por merecer un solo instante la atención de alma tan generosa?...» El espectáculo transcurre sin que él le preste la menor atención, y sólo al terminar encuentra que ha sido demasiado breve, pues ha de separarse de ella... Esta primera entrevista, estos solos momentos, producen en su corazón la violencia de un amor alimentado por los años. Hace los imposibles por volver a verla; pero como la vigilancia en que ella vive se lo impide, se resuelve a pedir su mano y obtiene de ella el consentimiento para hacerlo, a la par que le advierte de que su padre ha concertado su matrimonio con otro, y de que todo está ya dispuesto para la ceremonia. ¡Juzgad qué golpe tan cruel para el corazón de aquel triste pastor!... Un sufrimiento mortal le aniquila, y no pudiendo soportar la idea de ver a la que ama en brazos de otro, su amor desesperado le hace imaginar una trama con que introducirse en casa de la pastora para conocer sus sentimientos y escuchar de sus labios cuál es el destino que le aguarda. Al llegar, ve los temidos preparativos y conoce al indigno rival que el capricho de un padre opone a las ternezas de su amor. Ve a ese rival ridículo, triunfante al lado de su amable pastora, y poseído como el que ha hecho una conquista. Esta presencia le llena de tal cólera, que apenas puede dominarse; mira dolorosamente a la que ama, y por respeto a ella y a la presencia del padre, guarda silencio, expresándose

sólo con los ojos; hasta que, al fin, no pudiendo contener los transportes de su pasión, habla así:

(Canta.)

 Mi sufrir, bella Filis,
 es excesivo sufrir.
 Este duro silencio rompamos
 y nuestro pecho abramos.
 Mi destino mostradme:
 ¿vivir debo o morir?

ANGÉLICA

 Ya me veis, Tirsis, triste y melancólica
 ante los desposorios
 que tanto os acongojan.
 Abro al cielo los ojos,
 os miro,
 suspiro...
 ¿qué más puedo decir?

ARGAN

¡Demonio! ¿Quién podía sospechar tales habilidades en mi hija?

CLEONTE

 ¡Oh, bella Filis!
 ¿Sería tan dichoso,
 Tirsis enamorado,
 que hueco hubiera hallado
 en vuestro corazón?

El fin de la obra.

ANGÉLICA

A tal punto llegados,
defenderme no puedo.
Tirsis, os idolatro.

CLEONTE

¡Oh frases de esperanza suma!
¿Las he oído bien?
Repetidlas y cesen ya mis dudas.

ANGÉLICA

Te adoro.

CLEONTE

Otra vez, por favor.

ANGÉLICA

Te adoro.

CLEONTE

Repetidlo cien veces, no os canséis.

ANGÉLICA

Te adoro, sí, te adoro, te adoro,
Tirsis, te adoro.

CLEONTE

Dioses y reyes que contempláis
a vuestros pies la tierra,
¿podrías comparar
con mi dicha la vuestra?

Mas, ¡oh Filis!, este éxtasis,
la idea de un rival
viene a turbar.

ANGÉLICA

Más que a la muerte mi alma lo detesta
y, lo mismo que a vos,
su vista me atormenta.

CLEONTE

Pero una promesa
paternal os obliga.

ANGÉLICA

Antes morir que consentir,
antes morir.

ARGAN

Y ¿qué dice a todo esto el padre?

CLEONTE

Nada.

ARGAN

¡Valiente majadero, soportar tantas impertinencias sin decir palabra!

CLEONTE

¡Ay, amor mío!

ARGAN

¡Basta, basta ya!... ¡La tal comedia es escandalosa! Ese pastor Tirsis es un impertinente, y la

pastora Filis, que habla de ese modo delante de su padre, es una impúdica. A ver esos papeles... ¡Ya, ya! ¡Dónde está aquí la letra que habéis cantado? Aquí no hay mas que música.

CLEONTE

Pero ¿no sabéis, señor, que se ha inventado hace poco el medio de escribir letras con los mismos signos de la música?

ARGAN

Está bien... Para serviros, señor mío. Hasta la vista. Y maldita la falta que nos hacía conocer una obra tan impertinente.

CLEONTE

Creí que os divertiría.

ARGAN

Las majaderías no divierten nunca... Aquí está ya mi esposa.

ESCENA VI

BELISA, ARGAN, ANTONIA, ANGÉLICA, DIAFOIRUS
y TOMÁS.

ARGAN

Amor mío, te presento al hijo del señor Diafoirus.

TOMÁS

(Comienza una salutación que trata aprendida; pero se le va la memoria y se corta.) Señora: Con justicia os han concedido los cielos el nombre que tan claramente luce en vuestro rostro y que...

BELISA

Encantado de conoceros.

TOMÁS

Que tan claramente puede leerse en vuestro rostro... puede leerse en vuestro rostro... Vuestra interrupción, señora, me ha hecho perder el hilo.

DIAFOIRUS

(A su hijo.) Reserva el discurso para otra ocasión.

ARGAN

Hubiéramos deseado verte antes.

ANTONIA

¡Lo que os habéis perdido, señora!... ¡El segundo padre, la estatua de Memnón, la flor llamada heliótropo!...

ARGAN

Vamos, hija mía. Enlaza tu mano a la del señor, y dale tu palabra de esposa.

ANGÉLICA

Padre!

ARGAN

¡Padre! ¿Qué quiere decir eso?

ANGÉLICA

Os ruego, por favor, que no precipitéis las cosas. Concedednos el tiempo necesario para que nos lleguemos a conocer y para que nazca entre nosotros la inclinación indispensable en toda unión.

TOMÁS

En mí ya nació, señorita, y por mi parte no hay nada que aguardar.

ANGÉLICA

Si vos sois tan súbito, a mí no me sucede lo mismo; y os confieso que vuestros méritos aun no han logrado hacer una gran impresión en mi alma.

ARGAN

¡Bah, bah! Todo eso vendrá con el matrimonio.

ANGÉLICA

Dadme tiempo, padre mío, os lo ruego. El matrimonio es una cadena a la cual no se debe ligar a nadie violentamente; y si el señor es un hombre honrado, no debe aceptar por esposa a una mujer que se uniría a él por la fuerza.

TOMÁS

Nego consequentiam. Señorita, yo puedo ser un

hombre honrado y aceptaros de manos de vuestro padre.

ANGÉLICA

Mal camino para hacerse amar el de la violencia.

TOMÁS

Señorita, las antiguas historias nos cuentan que era costumbre raptar de la casa paterna a la joven con la cual se iba a contraer matrimonio, precisamente para que no pareciera que se entregaba voluntariamente en brazos de un hombre.

ANGÉLICA

Los antiguos, señor, eran los antiguos, y nosotros somos gentes de ahora; de una época en que no son necesarios esos subterfugios, porque cuando un marido nos agrada, sabemos aproximarnos a él sin que se nos obligue. Tened, pues, paciencia, y si me amáis, mis deseos deben ser también vuestros.

TOMÁS

Siempre que no se opongan a las intenciones de mi amor.

ANGÉLICA

Y ¿qué mayor prueba de amor que la de someterse a la voluntad de quien se ama?

TOMÁS

Distingo, señorita: en aquello que no se refiera

a la posesión, *concedo*; pero en lo que le concierne. *nego*.

ANTONIA

¡Así se razona! (A ANGÉLICA.) El señor sale ahora, vivito y coleando, de la escuela, y siempre tendrá una réplica para quedar encima. ¿A qué viene esa resistencia y por qué renunciáis a la gloria de uniros con el cuerpo facultativo?

BELISA

Acaso haya por medio otra inclinación.

ANGÉLICA

Si la hubiera, sería de tal naturaleza que la razón y la honestidad podrían autorizarla.

ARGAN

¡Per lo visto, yo no soy mas que un monigote!

BELISA

Yo en tu caso, hijo mío, no la obligaría a casarse, y... ya sabría yo lo que hacer con ella.

ANGÉLICA

Comprendo lo que queréis decir, señora, y conozco vuestras caritativas intenciones respecto a mí; pero acaso vuestros deseos no se realicen.

BELISA

Lo creo; las jovencitas de hoy, muy juiciosas y

recatadas, se burlan de la sumisión y obediencia que se debe a los padres. Eso estaba bien en otros tiempos.

ANGÉLICA

Los deberes de hija tienen un límite, señora, y no hay razón ni ley alguna que obligue a obedecer en todo ciegamente.

BELISA

Eso quiere decir que no es que desdées el matrimonio, sino que quieres elegir un marido a tu gusto.

ANGÉLICA

Y si mi padre no quiere dármele, al menos que no me obligue a casarme con quien no puedo amar.

ARGAN

Perdonad esta escena, señores.

ANGÉLICA

Cada cual lleva sus intenciones al casarse. Yo, que no quiero un marido sino para amarle de veras y hacer de él el objeto de mi vida, tengo que tomar mis precauciones. Hay quien se casa para libertarse de la tutela paterna y campar a su gusto; hay también, señora, quien hace del matrimonio un comercio, y quien se casa únicamente por los beneficios, enriqueciéndose a la muerte del marido y pasando, sin escrúpulos, de uno a otro sin más fin que expoliarlos.

BELISA

Estás muy habladora... ¿Qué es lo que quieres decir con todo ese discurso?

ANGÉLICA

¿Qué he de querer decir mas que lo que he dicho?

BELISA

¡Eres de una estupidez insoportable!

ANGÉLICA

Si lo que pretendéis es obligarme a que os conteste una insolencia, os advierto que no lo vais a lograr.

BELISA

¡Hay mayor impertinente!

ANGÉLICA

Favor que me hacéis.

BELISA

Tienes una presunción y un orgullo tan ridículo, que da lástima.

ANGÉLICA

Todo cuanto digáis será inútil, porque no he de abandonar mi discreción; y para que no os quede la esperanza de lograrlo, me voy.

ARGAN

(A ANGÉLICA que va a salir.) Escúchame bien: o

te casas con el señor dentro de cuatro días, o entras en un convento. (A BELISA.) No te sofoques, que ya le ajustaré las cuentas.

BELISA

Siento mucho dejarte, hijo mío; pero tengo que salir a un asunto que no admite excusa. Volveré corriendo.

ARGAN

Anda, amor mío; y de camino pásate por casa del notario y dale prisa para que haga lo que ya sabes.

BELISA

Adiós, chiquitín.

ARGAN

Adiós, chacha... He aquí una mujer que me adora hasta lo increíble.

DIAFOIRUS

Con vuestro permiso nos retiramos.

ARGAN

Antes os ruego que me digáis cómo estoy.

DIAFOIRUS

(Tomándole el pulso.) Vamos, Tomás, tómale la otra mano y veamos si sabes hacer un diagnóstico por el pulso. *¿Quid dicis?*

TOMÁS

Dico que el pulso del señor es el pulso de un hombre que no está bueno.

DIAFOIRUS

Bien.

TOMÁS

Que está duriúsculo, por no decir duro.

DIAFOIRUS

Muy bien.

TOMÁS

Agitado.

DIAFOIRUS

Bien.

TOMÁS

Un poco desigual.

DIAFOIRUS

Optimo.

TOMÁS

Lo cual produce una intemperancia en el parén-
quima esplénico; es decir, en el bazo.

DIAFOIRUS

Muy bien.

ARGAN

No. Purgon dice que mi enfermedad está en el
hígado.

DIAFOIRUS

¡Claro! Quien dice parénquima lo mismo dice
hígado que bazo, a causa de la estrecha simpatía
que los une, ya por el vaso breve, por el *pirolo* y,

frecuentemente, por los conductos *colidocos*. Os habrá prescrito, sin duda, que comáis mucho asado.

ARGAN

No; nada más que cocido.

DIAFOIRUS

Si..., asado y cocido viene a ser lo mismo. Todas las prescripciones están muy atinadas. No podíais haber caído en mejores manos.

ARGAN

Y decidme, señor, ¿cuántos gramos de sal deben echarse en un huevo?

DIAFOIRUS

Seis, ocho, diez... siempre números pares; al revés que en los medicamentos, que siempre son impares.

ARGAN

Hasta la vista, señor.

ESCENA VII

ARGAN y BELISA.

BELISA

Hijo mío, vengo, antes de marcharme, a prevenirté de una cosa. Ahora mismo, al pasar por delante de su alcoba, he visto a Angélica con un hombre, que ha huído al verme.

ARGAN

¡Mi hija con un hombre!

BELISA

Sí. Luisa estaba con ellos y te lo podrá contar todo.

ARGAN

Mándamela aquí, amor mío. ¡La muy sinvergüenza!... ¡Ahora me explico su negativa!

ESCENA VIII

ARGAN y LUISA.

LUISA

¿Qué queréis, papá?

ARGAN

Ven acá. Acércate. Levanta los ojos y mírame a la cara. ¿A ver?

LUISA

¿Qué, papá?

ARGAN

¿No tienes nada que contarme?

LUISA

Os contaré, para entreteneros, el cuento de la

piel del burro o la fábula del cuervo y la zorra, que he aprendido hace poco.

ARGAN

No es eso lo que quiero.

LUISA

¿Qué es entonces?

ARGAN

De sobra sabes tú, granuja, a lo que me refiero.

LUISA

No sé.

ARGAN

¿Es ésta tu manera de obedecerme?

LUISA

¿En qué?

ARGAN

¿No te encargué que vinieras inmediatamente a contarme todo lo que vieras?

LUISA

Sí, papá.

ARGAN

¿Y lo has hecho?

LUISA

Sí, papá. Cuando he visto algo, he venido a contárselo.

ARGAN

Y hoy, ¿no has visto nada?

LUISA

No, papá.

ARGAN

¿No?

LUISA

No, papá.

ARGAN

¿Seguro?

LUISA

Seguro.

ARGAN

Está bien. Yo te haré que veas algo. (*Coge unas disciplinas.*)

LUISA

¡Papá, papá!

ARGAN

¡Farsante!... ¿No quieres decirme que has visto a un hombre en la alcoba de tu hermana?

LUISA

¡Papá!

ARGAN

Yo te enseñaré a mentir.

LUISA

(*Echándose a los pies de su padre.*) Perdón, papá, perdón. Mi hermana me rogó que no os dijera nada; pero yo os lo contaré todo.

ARGAN

Primero te tengo que azotar por haberme mentado; después, ya veremos.

LUISA

¡Perdón, papá!

ARGAN

No.

LUISA

¡No me azotes, papaíto!

ARGAN

Ahora lo verás.

LUISA

Por Dios, papá.

ARGAN

(Sujetándola para zurrarle.) ¡Vamos, vamos!

LUISA

¡Me habéis herido!... ¡Me muero! *(Cae haciéndose la muerta.)*

ARGAN

¡Qué es esto?... ¡Luisa!... ¡Luisa!... ¡Dios mío! ¡Luisa, hija mía!... ¡Ah, desventurado, que acabas de matar a tu hija! ¡Qué has hecho, miserable? ¡Malditas disciplinas!... ¡Hija mía, Luisa!

LUISA

No lloréis, papá, que no estoy muerta del todo.

ARGAN

¡Hay mayor trapacería!... Te perdono por esta vez, pero me has de contar lo que has visto.

LUISA

Sí, papá.

ARGAN

Mucho ojo conmigo, porque este meñique lo sabe todo, y si mientes, me lo advertirá.

LUISA

Pero no le digáis a mi hermana que yo os lo he contado.

ARGAN

No.

LUISA

Pues estando yo en el cuarto de Angélica ha llegado un hombre.

ARGAN

¿Y qué?

LUISA

Le pregunté qué deseaba y me dijo que era el maestro de canto.

ARGAN

¡Huy, huy, huy! ¡Ya hemos cogido la hebra!...
¿Qué más?

LUISA

A poco ha venido mi hermana.

ARGAN

¿Y qué?

LUISA

Angélica le ha dicho: «¡Salid, salid, salid de aquí!
¡Por Dios, salid o causaréis mi desesperación!»

ARGAN

Sigue.

LUISA

El no quería marcharse.

ARGAN

¿Qué le decía?

LUISA

¡Yo no sé cuántas cosas!

ARGAN

¿Y qué más?

LUISA

Seguía hablando: que por aquí, que por allá; que la amaba y que era la criatura más bella del mundo.

ARGAN

¿Y qué más?

LUISA

Que se puso de rodillas.

ARGAN

¿Y después?

LUISA

Que le besó las manos.

ARGAN

¿Y después?

LUISA

Que viendo llegar a mi madrastra, huyó.

ARGAN

¿Y nada más?

LUISA

Nada más, papá.

ARGAN

Mi meñique quiere decirme algo. (*Se mete el dedo en el oído.*) Aguarda... ¡Sí, sí! Los ves: dice que has visto algo más y no quieres contármelo.

LUISA

¡Pues es un embustero vuestro meñique!

ARGAN

¡Cuidado!

LUISA

No le hagáis caso, que miente; os lo aseguro.

ARGAN

Bien, bien; ya veremos. Márchate y ten mucho ojo... ¡Cuántos quebraderos de cabeza! No le dejan a uno tiempo ni para pensar en sus enfermedades... ¡No puedo más! (*Se deja caer en su sillón.*)

ESCENA IX

ARGAN y BERALDO.

BERALDO

¡Hola, hermano! ¿Cómo te va?

ARGAN

¡Muy mal!

BERALDO

¿Cómo es eso?

ARGAN

Tengo una debilidad y un decaimiento increíbles.

BERALDO

¡Vaya por Dios!

ARGAN

¡Ni para hablar tengo fuerzas!

BERALDO

Venía a proponerte un gran partido para mi sobrina Angélica.

ARGAN

(Exaltado y levantándose del sillón.) ¡No me hables de esa bribona!... ¡Es una pícara, impertinente y desvergonzada a la que encerraré en un convento antes de cuarenta y ocho horas!

BERALDO

¡Esto va bien! Veo que recuperas las fuerzas y que mi visita te da ánimos. Ya hablaremos de eso luego. Ahora vamos a distraernos; eso te quitará el enojo y dispondrá tu ánimo para lo que hemos de tratar después. Me he tropezado con una comparsa de gitanos disfrazados de moros que bailan y cantan, y persuadido de que vas a divertirte, lo que vale tanto como una receta de Purgon, la he hecho venir... ¡Vamos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

SEGUNDO INTERMEDIO

BERALDO, para distraer a su hermano, da entrada a una comparsa de gitanos y gitanas, disfrazados de moros, que cantan y bailan.

GITANAS

Aprovechad la primavera
de vuestros años juveniles
y consagraos a sus ternezas.

Los más seductores placeres,
sin el llamear del amor
no tienen bastante atractivo
para llenar mi corazón.

Aprovechad la primavera
de vuestros años juveniles
y consagraos a sus ternezas.

No perded sus instantes:
a la belleza
la borra el tiempo,
y presto acude

la edad de hielo,
que trunca los placeres en tristezas.

Aprovechad la primavera
de vuestros años juveniles
y consagraos a sus ternezas.

*Danzan todos, haciendo saltar a unos monos que
traen con ellos.*

FIN DEL SEGUNDO INTERMEDIO

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

ARGAN, BERALDO y ANTONIA.

BERALDO

¿Qué te ha parecido? ¿No es esto más saludable que un purgante?... Es necesario que hablemos unos momentos mano a mano.

ARGAN

Aguarda, que ahora vuelvo.

ANTONIA

Tomad... Ya se os olvidaba que no podéis andar sin apoyaros en el bastón.

ARGAN

Es verdad.

ESCENA II

BERALDO y ANTONIA.

ANTONIA

Por Dios, no abandonéis a vuestra sobrina.

BERALDO

Haré cuanto pueda por el logro de sus deseos.

ANTONIA

Es preciso impedir ese proyecto extravagante que se le ha metido en la cabeza a vuestro hermano. Yo había pensado que metiendo por medio otro médico que desacreditara al señor Purgon adelantáramos mucho; pero como no tenemos de quién echar mano, he inventado una trama que yo misma voy a representar.

BERALDO

¿Tú?

ANTONIA

Una farsa que acaso dé buen resultado. Vos trabajad por vuestra parte y yo por la mía. Ya vuelve.

ESCENA III

ARGAN y BERALDO.

BERALDO

Ante todo te ruego que me oigas con calma y sin que se te vaya el santo al cielo.

ARGAN

Conforme.

BERALDO

Que respondas acorde y sin exaltación a mis palabras.

ARGAN

Sí.

BERALDO

Y que discurras sobre el asunto que vamos a tratar sin apasionamiento.

ARGAN

Sí; pero basta ya de preámbulo.

BERALDO

¿Cómo es que teniendo una buena fortuna y una sola hija — porque la otra es aun muy pequeña — quieres encerrarla en un convento?

ARGAN

Porque, siendo yo el cabeza de familia, puedo hacer con ella lo que me dé la gana.

BERALDO

Y ¿no obedecerá mas bien a deseos de tu mujer? ¿No es ella la que te aconseja que te separes de tus hijas? Claro está que ella lo hace con la mejor intención y con el deseo de que sean dos excelentes religiosas.

ARGAN

¡Ya apareció aquello! Ya salió a relucir esa pobre mujer, a la que no puede ver nadie y a la que se culpa de todo.

BERALDO

No es eso. No hablemos más de ella; ella es una

mujer buenísima, animada de las mejores intenciones para los tuyos, llena de desinterés, que te ama tiernamente y que ha demostrado un afecto inconcebible hacia tus hijos; todo esto es exacto. No hablemos más de ella, y volvamos a tratar de tu hija. ¿Cuál es tu intención al desear casarla con el hijo de un médico?

ARGAN

Tener el yerno que necesito.

BERALDO

Pero eso a ella no le conviene, sobre todo presentándosele un partido mucho más ventajoso.

ARGAN

Para mí el más ventajoso es éste.

BERALDO

Pero el marido ¿es para ella o para ti?

ARGAN

Para los dos; quiero tener en la familia las personas que me son necesarias.

BERALDO

Según eso, si Luisa fuera mayor la casarías con un farmacéutico.

ARGAN

¿Y por qué no?

BERALDO

■ Pero ¿es posible que te emperres en vivir zaran-
deado por médicos y boticarios, y que quieras estar
enfermo en contra de la opinión de todos y de tu
misma naturaleza?

ARGAN

¿Qué me quieres decir con eso?

BERALDO

Quiero decirte, que no conozco hombre más sano
que tú y que no quisiera mas que tener una cons-
titución como la tuya. La prueba más palpable de lo
bueno que estás y de que tienes un organismo per-
fectamente sano, es que, a pesar de todo lo que has
hecho, no has conseguido quebrantar lo saludable
de tu naturaleza ni has reventado con tanta me-
dicina.

ARGAN

¡Gracias a ellas vivo, querido hermano! Y mil
veces me ha repetido el señor Purgon que soy
hombre muerto con que deje de atenderme nada
más de tres días.

BERALDO

Pues si no pones coto, tanto te atenderá que te
enviará al otro mundo.

ARGAN

Seamos razonables, hermano mío... ¿Tú no crees
en la medicina?

BERALDO

No. Ni veo la necesidad de creer en ella para estar sano.

ARGAN

¡Cómo!... ¡Tú no tienes por verdadera una cosa establecida en todo el mundo y sancionada por los siglos?

BERALDO

Lejos de creerla verdadera, te diré que la considero como una de las más desatinadas locuras que cultivan los hombres. Y si estudiamos la cuestión desde un punto de vista filosófico, creo que no hay farsa más ridícula que la de un hombre que se empeña en curar a otro.

ARGAN

Y ¿por qué no ha de poder un hombre curar a otro?

BERALDO

Por la sencilla razón de que, hasta el presente, los resortes de nuestra máquina son un misterio en el que los hombres no ven gota; el velo que la naturaleza ha puesto ante nuestros ojos es demasiado tupido para que podamos penetrarlo.

ARGAN

Según eso, los médicos no saben nada.

BERALDO

Sí saben; saben lo más florido de las humanidades;

saben hablar lucidamente en latín; saben decir en griego el nombre de todas las enfermedades, su definición y clasificación...; de lo único que no saben una palabra es de curar.

ARGAN

Pero estarás conforme, al menos en que de esta materia los médicos saben más que nosotros.

BERALDO

Saben lo que acabo de decirte, que maldito si sirve para nada. Todas las excelencias de ese arte se reducen a un pomposo galimatías y una engañosa locuacidad que da palabras por razones y promesas por hechos.

ARGAN

Pues hay personas tan hábiles y cultas como tú que cuando se encuentran mal llaman a un médico.

BERALDO

Síntoma de la flaqueza humana, no de la efectividad de ese arte.

ARGAN

Pero los médicos no tienen más remedio que creer en él, puesto que lo emplean en ellos mismos.

BERALDO

Es que entre ellos los hay que participan de ese mismo error popular del cual se aprovechan, y los hay también que, sin creer en él, lo explotan. Tu

señor Purgon, por ejemplo, es un hombre poco agudo: un médico de pies a cabeza, que cree en las reglas de su arte más que en las demostraciones matemáticas y que no admite discusión sobre ellas. Para él, la medicina no tiene punto obscuro, ni dudoso ni complicado; impetuoso en sus apreciaciones, con una confianza inquebrantable y una brutalidad falta de sentido común y de raciocinio, suministra purgantes y sangrías a trochemoche, sin que haya nada que le detenga... Haga lo que haga, él no imagina que pueda perjudicarte nunca; con la mejor buena fe del mundo te manda al cementerio y, al matarte, no hace ni más ni menos que lo que hizo con su mujer y con sus hijos y lo que, llegado el caso, haría consigo propio.

ARGAN

Le tienes malquerencia al señor Purgon; pero tú dirás qué es lo que debe hacer uno cuando está enfermo.

BERALDO

Nada.

ARGAN

¿Nada?

BERALDO

Nada... Guardar reposo y dejar que la misma naturaleza, paulatinamente, se desembarace de los trastornos que la han prendido. Nuestra inquietud, nuestra impaciencia es lo que lo echa todo a perder; y puede decirse que la mayoría de las criaturas

mueren de los remedios que les han suministrado y no de las enfermedades.

ARGAN

Convendrás en que hay una porción de cosas que pueden ayudar a la naturaleza.

BERALDO

Ideas en las que nos agrada refugiarnos. En todas las épocas han germinado entre los hombres una cantidad de fantasías en las que todo el mundo ha creído porque eran halagüeñas, y lo lastimoso es que no fueran ciertas. Cuando un médico habla de ayudar, de socorrer, de aliviar a la naturaleza; cuando dicen de quitarle lo que le sobra o de suministrarle lo que le falta; de restablecer la facilidad de sus funciones; de limpiar la sangre; de atemperar las entrañas y el cerebro; de reducir el bazo, normalizar el pecho, reparar el hígado, fortificar el corazón; restablecer y conservar el calor natural... de secretos, en fin, para prolongar la vida, no hace precisamente mas que narrar la novela de la medicina. Dentro de la verdad y de la experiencia, no encontramos comprobación ninguna; es como esos sueños deliciosos que no dejan al despertar mas que la tristeza de haber creído en ellos.

ARGAN

En resumen: que toda la ciencia de este mundo está encerrada en tu mollera, y que tú sabes más que todos los grandes médicos de nuestro siglo.

BERALDO

Tus grandes médicos tienen dos personalidades: si los oyes hablar, es la gente más lista del mundo; pero si los ves hacer, no hay hombres más ignorantes que ellos.

ARGAN

¡Ya, ya! Veo que eres doctísimo; pero celebraría que se hallara presente alguno de esos señores para que rebatiera tus razonamientos.

BERALDO

Yo no me dedico a combatir la medicina. Buenas o malas, cada uno tiene sus ideas, y cuanto te he dicho ha sido en el seno de la intimidad y con el propósito de sacarte de tu error. Ahora, para distraerte, te llevaría a ver una comedia de Molière precisamente sobre este tema.

ARGAN

¡Valiente impertinente está el tal Molière!... ¡Me parece de muy mal gusto hacer chacota de gente tan respetable como los médicos!

BERALDO

No es de los médicos, sino de lo ridículo de la medicina.

ARGAN

Y ¿quién le manda a él inspeccionar la medicina? Es una necedad y una inconveniencia burlarse de

las visitas y de las prescripciones y elegir un cuerpo de personas tan venerables para sacarle a escena.

BERALDO

¿Qué ha de sacar mas que las diversas profesiones del hombre? ¿No sacan diariamente a reyes y princesas, que han nacido en tan buenos pañales como los médicos?

ARGAN

¡Por vida del diablo, que si yo fuera médico me vengaría de su impertinencia dejándole morir sin auxilios cuando estuviera malo! ¡Aunque lo pidiera por Dios, no le recetaría la más leve sangría ni el más ligero purgante! «¡Revientá ahí, y aprende a no burlarte de la Facultad!», le diría yo.

BERALDO

¿Tan indignado estás con él?

ARGAN

Sí, porque es un imprudente; y si los médicos procedieran con cordura, harían lo que yo he dicho.

BERALDO

El será más cuerdo que los médicos, porque no los llamará nunca.

ARGAN

Peor para él, si se priva de sus remedios y recursos.

BERALDO

Tiene sus razones para hacerlo, porque él sostie-

ne que sólo las personas muy vigorosas y robustas pueden resistir a un tiempo los remedios y la enfermedad. Por su parte, él no tiene aguantes mas que para soportar la enfermedad.

ARGAN

¡Vaya una razón estúpida! No hablemos más de ese individuo, porque se me irrita la bilis y acabaré teniendo un ataque.

BERALDO

Pues cambiemos de conversación... Respecto a lo de tu hija, no está bien que por un ligero altercado tomes resolución tan violenta como la de encerrarla en un convento. Al elegirles un marido no debemos obedecer ciegamente al mandato de nuestros prejuicios; debemos conceder algo a la inclinación de nuestras hijas, puesto que de eso depende la felicidad de una unión que ha de durar toda la vida.

ESCENA IV

ARGAN, BERALDO y FLEURANT, *que llega armado de una lavativa.*

ARGAN

(A BERALDO.) Con tu permiso.

BERALDO

¡Cómo!... ¡Qué vas a hacer?

ARGAN

No es mas que un ligero lavado. Cuestión de un instante.

BERALDO

¡Vaya una broma! ¡Pero es que no puedes pasar un momento sin lavados y sin medicinas? ¡Deja eso para otra ocasión y estate aquí tranquilo!

ARGAN

Hasta la noche o hasta mañana, señor Fleurant.

FLEURANT

(A BERBALDO.) ¡Quién sois vos para oponer os a las prescripciones de la medicina e impedir que el señor tome su ayuda? ¡Es un atrevimiento bastante necio!

BERBALDO

¡Ande, ande!... Ya se ve que no estáis acostumbrado a hablar con la gente mirándole a la cara.

FLEURANT

¡Eso es burlarse de la medicina y hacerme a mi perder el tiempo! Yo no he venido aquí sino en cumplimiento de mi deber y portador de una receta en regla; pero ahora mismo voy a notificar al señor Purgon que se me ha impedido cumplir sus órdenes y ejecutar mis funciones. ¡Ya veréis vos, ya veréis!...
(*Se marcha.*)

ARGAN

¡Tú tendrás la culpa del desastre que se me acerca!

BERALDO

¡Desastre por no tomar la ayuda recetada por Purgon?... Te vuelvo a repetir otra vez: ¿no habrá manera de curarte de la enfermedad de los médicos y de vivir bajo un continuo chaparrón de recetas?

ARGAN

Hablas como hombre que está sano; si estuvieras en mi lugar usarías otro lenguaje. Es muy cómodo perorar contra la medicina cuando se está bueno.

BERALDO

Pero ¿cuál es tu enfermedad?

ARGAN

Conseguirás sacarme de mis casillas. ¡Ojalá tuvieras tú lo que yo tengo; ya veríamos si entonces te burlabas como ahora! ¡Ah! Aquí viene el señor Purgon.

ESCENA V

ARGAN, BERALDO, PURGON y ANTONIA.

PURGON

Abajo, en el mismo portal, acaban de comunicarme muy sabrosas nuevas. Me han dicho que hay aquí quien se burla de mis prescripciones y que se

han dejado de tomar los remedios que yo había ordenado.

ARGAN

Señor, es que..?

PURGON

¡Hay mayor atrevimiento y más extraña rebeldía que la del enfermo contra su médico!

ANTONIA

¡Eso es espantoso!

PURGON

¡Una ayuda que yo mismo me había tomado el trabajo de preparar!

ARGAN

¡Yo no he sido!

PURGON

Formulada y manipulada con todas las reglas del arte.

ANTONIA

¡Ha hecho muy mal!

PURGON

Y que debía producir un efecto maravilloso en el intestino.

ARGAN

Mi hermano...

PURGON

¡Rechazada despreciativamente!

ARGAN

Ha sido él.

PURGON

¡Es un proceder deleznable!

ANTONIA

¡Claro que sí!

PURGON

¡Un terrible atentado a la Medicina!

ARGAN

Es que...

PURGON

¡Un crimen de lesa facultad para el que no hay castigo bastante!

ANTONIA

Tenéis razón.

PURGON

Desde ahora mismo quedan rotas nuestras relaciones.

ARGAN

¡Si ha sido mi hermano!

PURGON

No quiero más trato con vos.

ANTONIA

Haréis divinamente.

PURGON

Y para que no quede lazo alguno entre nosotros, ved lo que hago con la donación que hacía a mi sobrino, deseoso de favorecer el proyectado matrimonio.

ARGAN

Ha sido mi hermano el causante de todo.

PURGON

¡Despreciar mi lavativa!

ARGAN

¡Que vengan a ponérmela ahora mismo!

PURGON

Ya estaríais bueno.

ANTONIA

Lo merece.

PURGON

Os hubiera dejado limpio, haciéndoos evacuar por completo todos los malos humores.

ARGAN

¡Ay, hermano mío!

PURGON

Nada más que con una docena de medicinas, os hubiera hecho variar totalmente el saco.

ANTONIA

Es indigno de vuestra atención.

PURGON

Pero puesto que no queréis que os cure...

ARGAN

¡Yo no he tenido la culpa!

PURGON

Puesto que os habéis substraído a la obediencia que el enfermo debe a su médico...

ANTONIA

Eso pide venganza.

PURGON

Puesto que os habéis declarado en rebeldía contra mi tratamiento...

ARGAN

¡De ningún modo!

PURGON

Vengo a declararos que os abandono a vuestra pobre constitución, a la intemperancia de vuestras entrañas, a la corrupción de vuestra sangre, a la acidez de vuestra bilis y a vuestros humores.

ANTONIA

¡Muy bien hecho!

ARGAN

¡Dios mío!

PURGON

¡Antes de cuatro días habréis llegado a una situación incurable!

ARGAN

¡Misericordia!

PURGON

Caeréis en la bradipepsia.

ARGAN

(Suplicante.) ¡Señor Purgon.

PURGON

De la bradipepsia, en la dispepsia.

ARGAN

¡Señor Purgon!

PURGON

De la dispepsia, en la enteritis.

ARGAN

¡Señor Purgon!

PURGON

De la enteritis, en la disentería.

ARGAN

¡Señor Purgon!

PURGON

De la disentería, en la hidropesía.

ARGAN

¡Señor Purgon!

PURGON

De la hidropesía, en la extinción de la vida, a lo que os habrá conducido vuestra locura. *(Sale.)*

ESCENA VI

ARGAN y BERALDO.

ARGAN

¡Ay, Dios mío, estoy muerto!... ¡Me has matado, hermano!

BERALDO

¿Por qué?

ARGAN

¡No puedo más! ¡Ya siento la venganza de la medicina!

BERALDO

Tú estás loco, y, por muchas razones, no quisiera que te vieran de este modo. Tranquilízate un poco, te lo ruego; vuelve en ti y no te dejes llevar de la imaginación.

ARGAN

¡Ya has oído con qué horribles enfermedades me amenaza!

BERALDO

¡Qué inocente eres!

ARGAN

Dice que antes de cuatro días ya no tendré cura.

BERALDO

Y ¿qué importa que lo diga? ¿Es un oráculo quien te ha hablado? Cualquiera que te escuche creará que Purgon tiene en sus manos el hilo de tu vida, y que con un poder sobrenatural te lo puede alargar o acortar a su antojo. Recapacita en que tu vida está en ti mismo, y en que las amenazas de Purgon son tan inútiles como sus medicinas. Se te presenta una magnífica coyuntura para librarte de los médicos, y si has nacido con tan contrario sino que no puedes pasarte sin ellos, te será fácil encontrar otro con el cual corras menos peligro.

ARGAN

Es que éste conocía perfectamente mi temperamento y la manera de conducírmelo.

BERALDO

Habrás que convercense de que eres un maniático que lo ve todo de un modo extravagante.

ESCENA VII

ANTONIA, ARGAN y BERALDO.

ANTONIA

Señor, hay ahí un médico que desea veros.

ARGAN

¿Quién es ese médico?

ANTONIA

El médico de la medicina.

ARGAN

Te pregunto que quién es.

ANTONIA

No lo conozco; pero se me parece a mí como se parecen dos gotas de agua. Si no estuviera tan segura de la honradez de mi madre, creería que es un hermanito, con el que me ha obsequiado después de la muerte de mi padre.

ARGAN

Hazle pasar.

BERALDO

Las cosas te salen a pedir de boca; te abandona un médico y se te presenta otro.

ARGAN

Temo que me has acarreado una desgracia.

BERALDO

¿Otra vez piensas en eso?

ARGAN

Tengo sobre mi corazón todas esas enfermedades que no conocía y que...

ESCENA VIII

ANTONIA, *de médico*; ARGAN y BERALDO.

ANTONIA

¡Señor!... Permitid que venga a visitaros y a ofrecer mis humildes servicios para todas las sangrías y lavativas de que tengáis necesidad.

ARGAN

Muy agradecido, señor. ¡Juraría que es Antonia en persona!

ANTONIA

Perdonad un instante; se me ha olvidado darle

algunas órdenes a mi criado. Vuelvo al momento. *(Sale.)*

ARGAN

¿No dirías que es Antonia?

BERALDO

La semejanza es muy grande; pero no es la primera vez que esto se ha visto, y la historia está llena de casos semejantes. Son caprichos de la Naturaleza.

ARGAN

Me sorprende y...

ESCENA IX

ANTONIA, ARGAN y BERALDO.

ANTONIA

(Que se ha quitado el traje de médico tan rápidamente, que nadie creería que fué ella la que apareció antes.) ¿Qué manda el señor?

ARGAN

¡Cómo!

ANTONIA

¿No me había llamado el señor?

ARGAN

Aguarda aquí para que veas cómo se te parece ese médico.

ANTONIA

(*Saliendo.*) Es cierto, señor; lo he visto ahora abajo.

ARGAN

Si no los veo juntos no lo creo.

BERALDO

Yo he leído casos sorprendentes sobre estas semejanzas, y en nuestra misma época hemos visto algún caso que ha traído revuelto a todo el mundo.

ARGAN

Yo me hubiera engañado en esta ocasión. Juraría que es la misma persona.

ESCENA X

ANTONIA, *de médico*; ARGAN y BERALDO.

ANTONIA

Perdonadme, señor.

ARGAN

¡Es admirable!

EL ENFERMO DE APRENSIÓN.

ANTONIA

No juzguéis mal de mi curiosidad por ver a un enfermo tan ilustre como vos. Vuestra reputación, que se extiende por todas partes, excusa la libertad que me he tomado.

ARGAN

Servidor vuestro, señor mío.

ANTONIA

Veo que me observáis muy atentamente. ¿Qué edad creéis que tengo?

ARGAN

Todo lo más, ventiséis o veintisiete años.

ANTONIA

¡Ja, ja, ja, ja, ja! Tengo noventa años.

ARGAN

¿Noventa años?

ANTONIA

Sí, señor. Los secretos de mi arte han conservado de este modo mi lozanía y mi vigor.

ARGAN

¡Por vida de!... ¡Vaya un jovencito de noventa años!

ANTONIA

Soy médico ambulante, que va de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, buscando materiales para sus estudios: enfermos dignos de ocupar mi atención y de emplear en ellos los grandes secretos de la medicina, descubiertos por mí. Tengo a menos distraerme en menudencias, en enfermedades vulgares, en bagatelas como reumatismos, fluxiones, fiebres, vapores y jaquecas... Yo busco enfermedades verdaderamente importantes: grandes fiebres continuas, con trastornos cerebrales; buenos tabardillos, grandes pestes, hidropesías ya formadas; pleuresías con inflamación de pecho... esas son las enfermedades que a mí me gustan y en las que triunfo. Ojalá tuvierais vos, señor, todas estas enfermedades que acabo de nombraros y os hallarais abandonado de todos los médicos, desahuciado, en la agonía, para poderos demostrar las excelencias de mis remedios y el placer que experimentaríais siéndoos útil.

ARGAN

Os agradezco en extremo vuestras bondades.

ANTONIA

Dadme la mano... ¿Quién es vuestro médico?

ARGAN

El señor Purgon.

ANTONIA

En mis anotaciones sobre las eminencias médicas

no figura ese nombre. Según él, ¿qué enfermedad tenéis?

ARGAN

El dice que es el hígado; pero otros afirman que el bazo.

ANTONIA

Son unos ignorantes. Vuestro padecimiento está en el pulmón.

ARGAN

¿En el pulmón?

ANTONIA

Sí. ¿Qué es lo que sentís?

ARGAN

De cuando en cuando, dolor de cabeza.

ANTONIA

Justamente, el pulmón.

ARGAN

Con frecuencia se me figura que tengo un velo ante los ojos.

ANTONIA

El pulmón.

ARGAN

A veces noto un desfallecimiento de corazón.

ANTONIA

El pulmón.

ARGAN

Y una laxitud en todo el cuerpo.

ANTONIA

El pulmón.

ARGAN

También suelen darme dolores en el vientre, como si tuviera cólico.

ANTONIA

El pulmón... ¿Coméis con apetito?

ARGAN

Sí, señor.

ANTONIA

El pulmón. ¿Os agrada beber un poco de vino?

ARGAN

Sí, señor.

ANTONIA

El pulmón. ¿Sentís cierto sopor después de la comida y os dormís dulcemente?

ARGAN

Sí, señor.

ANTONIA

El pulmón y nada mas que el pulmón; estoy seguro. ¿Qué plan de alimentación os habían puesto?

ARGAN

Potajes.

ANTONIA

¡Ignorantes!

ARGAN

Caza.

ANTONIA

¡Ignorantes!

ARGAN

Ternera.

ANTONIA

¡Ignorantes!

ARGAN

Caldos.

ANTONIA

¡Ignorantes!

ARGAN

Huevós frescos.

ANTONIA

¡Ignorantes!

ARGAN

Y por la noche, ciruelas para aligerar el vientre.

ANTONIA

¡Ignorantes!

ARGAN

Y, sobre todo, beber el vino muy aguado.

ANTONIA

¡Ignorantus, ignoranto, ignorantum! El vino se debe beber puro; y para espesar la sangre, que la tenéis muy líquida, es preciso comer buey viejo,

cerdo cebado, queso de Holanda, harina de arroz y de avena, castañas y obleas para aglutinar... Vuestro médico es un animal. Yo os enviaré un discípulo mío, y yo mismo vendré de cuando en cuando a veros, mientras esté aquí.

ARGAN

¡Cuánto os lo agradeceré!

ANTONIA

¿Qué demonios hacéis con ese brazo?

ARGAN

¿Cuál?

ANTONIA

Si yo estuviera en vuestro pellejo, ahora mismo me haría cortar ese brazo.

ARGAN

¿Por qué?

ANTONIA

¿No estáis viendo que se lleva para sí todo el alimento y no deja que se nutra el otro?

ARGAN

Sí, pero este brazo me hace falta...

ANTONIA

También, si estuviera en vuestro caso, me haría saltar el ojo derecho.

ARGAN

¿Saltarme un ojo?

ANTONIA

¿No os dais cuenta de que perjudica al otro y le roba su alimento? Creedme: que os lo salten lo antes posible y veréis mucho más claro con el ojo izquierdo.

ARGAN

No corre prisa.

ANTONIA

Adiós. Siento teneros que dejar tan pronto, pero debo asistir a una consulta interesantísima que tenemos ahora sobre un hombre que murió ayer,

ARGAN

¿Sobre un hombre que murió ayer?

ANTONIA

Sí. Vamos a estudiar qué es lo que se debía haber hecho para curarlo. Hasta la vista. *(Sale.)*

BERALDO

Parece muy inteligente este médico.

ARGAN

Demasiado radical.

BERALDO

Todos los grandes médicos son así.

ARGAN

¡Eso de cortarme un brazo y de saltarme un ojo

para que el otro vea mejor!... Prefiero que sigan como están. ¡Bonito remedio, dejarme manco y tuerto!

ESCENA XI

ANTONIA, ARGAN y BERALDO.

ANTONIA

(Dentro.) ¡Vaya, vaya, que no estoy para bromas! ¡Para servirlos!... (Entra.)

ARGAN

¿Qué era eso?

ANTONIA

Vuestro médico, señor, que quería a todo trance tomarme el pulso...

ARGAN

¡Pero es posible a los noventa años!

BERALDO

Y ahora, querido hermano, puesto que el señor Purgon ha tarifado contigo, ¿quieres que hablemos de la colocación de tu hija?

ARGAN

No. Estoy decidido a meterla en un convento por haberse opuesto a mi voluntad. Veo claramente que hay unos amoríos de por medio, y ella no lo sabe, pero he tenido conocimiento de cierta entrevista secreta...

BERALDO

¿Y qué? ¿Qué importa que exista una inclinación si no ha de conducir a otro fin que al del matrimonio?

ARGAN

He resuelto que sea religiosa.

BERALDO

¿Deseas complacer a alguien?

ARGAN

Ya sé por dónde vas. Como le tienes ojeriza, crees que es mi mujer...

BERALDO

Sí. Y puesto que es mejor hablar a cara descubierta, te confieso que es a tu mujer a quien aludo. Tan intolerable como tu obstinación en las enfermedades es la obcecación que padeces por ella, hasta el extremo de no ver los lazos que te tiende.

ANTONIA

¡No habléis así de la señora! Es una mujer de la que nadie puede decir nada; franca, amante de su esposo...

ARGAN

Pregúntale si es o no cariñosa.

ANTONIA

Cierto.

ARGAN

Y el interés que se toma por mi padecimiento.

ANTONIA

¡Seguro!

ARGAN

Y los cuidados y trabajos que soporta por mí.

ANTONIA

Es la verdad... (A BERALDO.) ¿Queréis que os convenza y os haga ver ahora mismo cómo la señora quiere al señor? (A ARGAN.) ¿Queréis, señor, que lo desengañemos, dejándole con tres palmos de narices?

ARGAN

¿Cómo?

ANTONIA

La señora volverá dentro de un instante; tumbaos ahí, haciéndoos el muerto, y veréis su desolación cuando yo le dé la noticia.

ARGAN

Muy bien pensado.

ANTONIA

Pero no vayáis a prolongar mucho tiempo su desesperación, porque podría costarle la vida.

ARGAN

Déjame a mí.

ANTONIA

(A BERALDO.) Escondeos en ese rincón.

ARGAN

¿Habrá algún peligro en hacerse el muerto?

ANTONIA

Ninguno... Tumbaos ahí. (*Bajo.*) Ya veréis cómo le vamos a dar en la cabeza a vuestro hermano... ¡Ya está ahí la señora! ¡Que lo hagáis bien!...

ESCENA XII

BELISA, ANTONIA, ARGAN y BERALDO.

ANTONIA

(*Llorando.*) ¡Ay, Dios mío, que desgracia tan grande!

BELISA

¿Qué es eso, Antonia?

ANTONIA

¡Ay, señora!

BELISA

¿Qué pasa?

ANTONIA

¡Vuestro esposo ha muerto!

BELISA

¿Mi marido ha muerto?

ANTONIA

Sí. El pobre ya es cadáver.

BELISA

¿Estás segura?

ANTONIA

¡Y tan segura!... Todavía no conoce nadie el accidente, porque estaba yo sola; ha muerto en mis brazos... Vedle, vedle difunto.

BELISA

¡Loado sea Dios, y qué carga más pesada se me quita de encima!... Pero ¿a qué viene el afligirte de ese modo?

ANTONIA

Yo creía que había que llorar.

BELISA

¡No vale la pena, que no es tan gran cosa lo que se ha perdido! ¿Quieres decirme para qué servía este hombre?... Para molestar a todo el mundo con sus lavativas y sus drogas. Siempre sucio, tosiendo, estornudando y moqueando a cada instante; agrio, enojoso, de mal humor y no dejando vivir a nadie ni de día ni de noche...

ANTONIA

¡Vaya una oración fúnebre!

BELISA

Ahora es preciso que secundes mis planes, que yo te recompensaré si me ayudas. Puesto que, afortunadamente, todavía no conoce nadie la noticia, vamos a llevarle a su cama y a ocultar su muerte hasta que yo haya terminado lo que me interesa. Hay dinero y papeles de los que quiero apoderarme, porque creo que es razón que yo los disfrute, ha

biéndole sacrificado los mejores años de mi vida.
Ven acá. Primero, cojamos las llaves.

ARGAN

(*Incorporándose bruscamente.*) ¡Poco a poco!

BELISA

(*Llena de espanto.*) ¡Ah!

ARGAN

¡Era esta vuestra manera de amar, señora esposa?

ANTONIA

¡El difunto está vivo!

ARGAN

(*A BELISA, que se marcha.*) Celebro haber conocido vuestra estimación y escuchado el panegírico que de mí habéis hecho: es una sabia advertencia que me servirá de enseñanza para el porvenir.

BERALDO

(*Saliendo de su escondite.*) ¡Te has convencido?

ANTONIA

¡Quién iba a pensar esto? Pero aquí llega vuestra hija; volveos a tender y veamos cómo recibe la noticia de vuestra muerte. Ya que estáis en ello, conviene continuar la prueba y enteraros de cómo os quieren en vuestra casa.

ESCENA XIII

ANGÉLICA, ARGAN, ANTONIA y BERALDO.

ANTONIA

(Llorando.) ¡Dios mío, que desgracia!... ¡Qué día más desdichado!

ANGÉLICA

¡Qué tienes, Antonia? ¡Que te pasa?

ANTONIA

¡Tengo que daros una noticia muy amarga!

ANGÉLICA

¡Qué?

ANTONIA

¡Vuestro padre ha muerto!

ANGÉLICA

¡Muerto mi padre, Antonia!

ANTONIA

¡Sí!... ¡Vedlo!... Le dió un desvanecimiento, y ahora mismo acaba de morir.

ANGÉLICA

¡Qué terrible infortunio, Dios mío!.. ¡Quién me había de decir que iba a perder a mi padre, que era lo único que me quedaba en el mundo, y que lo iba a perder en un momento en que se hallaba irritado conmigo!... ¡Qué será ahora de mí, ni qué consuelo podré hallar para tan grande pérdida!

ESCENA XIV

CLEONTE, ANGÉLICA, ARGAN, ANTONIA y BERALDO

CLEONTE

¡Qué tienes, Angélica? ¡Por qué lloráis?

ANGÉLICA

¡Lloro porque acabo de perder lo más grande que puede perderse en la vida! ¡Lo más querido! ¡Lloro la muerte de mi padre!

CLEONTE

¡Qué catástrofe! ¡Qué suceso tan inesperado!... Habiéndole rogado a vuestro tío que intercediera en mi favor, venía ahora a presentarme a él para rogarle, con todos los respetos, que me concediera tu mano.

ANGÉLICA

No hablemos más de nada, Cleonte, y olvidemos toda idea de matrimonio. Después de esta desgracia, no quiero pertenecer al mundo; renuncio a él para siempre... ¡Sí, padre querido! Si antes me resistí a vuestros deseos, quiero seguirlo ahora y reparar de este modo la pesadumbre que os causé y de la que ahora me acuso. Aceptad, padre mío, mi promesa, y dejad que os abrace para testimoniaros mi ternura.

ARGAN

(Incorporándose.) ¡Hija mía!

ANGÉLICA

(Aterrada.) ¡Ah!

ARGAN

¡Ven!... ¡No temas! Tú sí eres de mi sangre; mi verdadera hija, cuya bondad me enorgullece,

ANGÉLICA

¡Qué agradable sorpresa, padre mío! Y ya que, para dicha mía, vuelvo a veros, dejad que me eche a vuestras plantas y que os suplique que, si no estáis dispuesto a favorecer los impulsos de mi corazón, si no queréis darme a Cleonte por esposo, al menos, os lo ruego, no me obliguéis a casarme con otro. Es la única gracia que os pido.

CLEONTE

(Echándose a los pies de ARGAN.) Dejaos enternecer, señor, por sus ruegos y por los míos, y no queráis contrariar los transportes de nuestra mutua inclinación.

BERALDO

¿Te opondrás aún?

ANTÓNIA

¿Permaneceréis insensible a tanto amor?

ARGAN

Que se haga médico y consentiré en el matrimonio. Hacedos médico y os entrego mi hija.

CLEONTE

Con mucho gusto, señor. Si es esa la condición

para llegar a ser vuestro yerno, yo me haré médico, y boticario también si os agrada. ¡Qué no haría yo por lograr a mi Angélica!

BERALDO

Se me ocurre una cosa, hermano. ¿Por qué no te haces médico tú también? Esa sería la mejor solución, porque entonces lo tendrías todo en tu mano.

ANTONIA

Es verdad. Ese sería el mejor medio de curaros; no hay enfermedad tan osada que se atreva a jugar-sela a un médico.

ARGAN

¿Os burláis de mí? ¿Estoy yo en edad de ponerme a estudiar?

BERALDO

¿Estudiar? La mayoría de los médicos no saben lo que tú.

ARGAN

¿Y el latín? ¿Y el conocimiento de las enfermedades y su medicación?

BERALDO

En el instante de vestir los manteos y calarte el birrete te lo sabes todo.

ARGAN

Pero ¿con sólo vestir los hábitos se sabe medicina?

BERALDO

¡Claro!... Con una toga y un bonete, todo char-

latán resulta un sabio, y los mayores desatinos se admiten como cosa razonable.

ANTONIA

Además, con esas barbas ya tenéis la mitad del camino ganado; unas buenas barbas hacen a un médico.

CLEONTE

Y en último caso aquí estoy yo dispuesto a todo.

BERALDO

¿Quieres que despachemos ahora mismo?

ARGAN

¿Ahora mismo?

BERALDO

Y aquí, en tu misma casa.

ARGAN

¿En mi casa?

BERALDO

Sí. Yo tengo amigos en la Facultad que vendrán al instante para que celebremos la ceremonia en la sala. Además, no te costará nada.

ARGAN

¿Qué hacer?

BERALDO

Te aleccionan en cuatro palabras y te dan por escrito el discurso que debes pronunciar. Mientras tú te vistes con más decencia, yo voy a avisarles.

ARGAN

Pues vamos.

ANTONIA

¿Qué es lo que pretendéis?

BERALDO

Que nos divirtamos un rato. Los comediantes han concertado una mascarada parodiando la recepción de un médico; propongo que nosotros tomemos también parte en la farsa y que mi hermano represente el papel principal.

ANGÉLICA

Me parece demasiada burla.

BERALDO

Mas que burlarnos, es ponernos a tono con sus chifladuras; y aparte de que esto quedará entre nosotros, encargándonos cada uno de un papel, nos daremos mutuamente la broma; el Carnaval nos autoriza. Vamos a prepararlo todo.

CLEONTE

(A ANGÉLICA.) ¿Consientes?

ANGÉLICA

Puesto que mi tío nos autoriza...

FIN DEL ACTO TERCERO

INTERMEDIO TERCERO

(Consiste este intermedio en una ceremonia, en la cual, entre recitados, cantos y danzas, se hace la proclamación de un médico.)

BAILABLE

(Entran una porción de tapiceros, que, siempre a compás, disponen la sala y colocan bancos. Después hace su entrada la asamblea, compuesta de ocho lavateros, seis boticarios, veintidós doctores y el individuo que ha de ser admitido; ocho cirujanos que bailan y dos que cantan. Cada uno ocupa un puesto en el salón, según su categoría.)

PRÆSES

Savantissimi doctores,
Medicinæ professores,
Qui hic assemblati estis,
Et vos, altri Messiores,
Sententiarum Facultatis
Fideles executores,
Chirurgiani et apothicari,
Atque tota compania aussy,
Salus, honor et argentum,
Atque bonum appetitum.

Non possum, docti Confreri,
 Eu moi satis admirari
 Qualis bona inventio
 Est medici professio;
 Quam bella chosa est et bene trovata,
 Medicina illa benedicta,
 Quæ, suo nomine solo,
 Surprenanti miraculo,
 Depuis si longo tempore,
 Facit a gogo vivere
 Tant de gens omni genere.

Per totam terram videmus
 Grandam vogam ubi sumus,
 Et quod grandes et petiti
 Sunt de nobis infatuti:
 Totus mundus, currens ad nostros remedios,
 Nos regardat sicut deos,
 Et nostris ordonnanciis
 Principes et reges soumissos videtis.

Donque il est nostræ sapientiæ,
 Boni sensus atque prudentiæ,
 De fortement travaillare
 A nos bene conservare
 In-tali credito, voga et honore,
 Et prandere gardam à non recevoir
 In nostro docto corpore
 Quam personas capaces,
 Et totas dignas remplire
 Has plaças honorabilis.

C'est pour cela que nunc convocatiestis,
 Et credo quod trovabitis
 Dignam materiam medici
 In savanti homine que voici,
 Lequel, in chosis omnibus,
 Dono ad interrogandum
 Et a fond examinandum
 Vostreis capacitatibus.

PRIMUS DOCTOR

Si mihi licenciam dat dominus præses,
 Et tanti docti doctores,
 Et assistantes illustres,
 Tres savanti bacheliero,
 Quem estimo et honoro,
 Domandabo causam et rationem quare
 Opium facit dormire.

BACHELIERUS

Mihi a docto doctore
 Domandatur causam et rationem quare
 Opium facit dormire?
 A quoi respondeo:
 Quia est in co
 Virtus dormitiva,
 Cujus est natura
 Sensus assoupire.

CHORUS

Bene, bene, bene, bene respondere:
 Dignus, dignus est entrare

In nostro docto corpore.
Bene, bene respondere.

SECUNDUS DOCTOR

Cum permissione domini præsidis,
Doctissimæ Facultatis,
Et totius his nostris actis
Companiæ assistantis,
Domandabo tibi, docto bacheliere,
Quæ sunt remedia,
Quæ in maladia
Ditte hidropisia
Convenit facere.

BACHELIERUS

Clisterium donare,
Postea seignare,
Ensuitta purgare.

CHORUS

Bene, bene, bene, bene respondere.
Dignus, dignus est entrare
In nostro docto corpore.

TERCIUS DOCTOR

Si bonum semblatur domino præsidi,
Doctissimæ Facultati
Et companiæ præsentis,
Domandabo tibi, docti bacheliere,
Quæ remedia eticis,
Pulmonicis atque asmaticis,
Trovas a propos facere.

BACHELIERUS

Clisterium donare,
 Postea seignare,
 Ensuitta purgare.

CHORUS

Bené, bene, bene, bene respondere:
 Dignus, dignus est entrare
 In nostro docto corpore.

QUARTUS DOCTOR

Super illas maladias,
 Doctus bachelierus dixit maravillas,
 Mais, si non ennuyo dominum præsidem,
 Doctissimam Facultantem,
 Et totam honorabilem
 Companiam ecoutatem,
 Faciam illi unam questionem:
 Dez hiero maladus unus
 Tombavit in meas manus;
 Habet grandam fievram cum redoublamentis,
 Grandam dolorem capitis,
 Et grandum malum au coste,
 Cum granda difficultate
 Et pena a respirare:
 Veillas mihi dire,
 Docte bachiliere,
 Quid illi facere.

BACHELIERUS

Clisterium donare,
Postea seignare,
Ensuitta purgare.

QUINTUS DOCTOR

Mais si maladia,
Opinatria
Non vult se garire,
Quid illi facere?

BACHELIERUS

Clisterium donare,
Postea seignare,
Ensuitta purgare,
Resignare, repurgare, et reclisterisare.

CHORUS

Bene, bene, bene, bene respondere:
Dignus, dignus est entrare
In nostro docto corpore.

PRÆSES

Juras gardare statuta
Per Facultatem præscripta,
Cum sensu et jugeamento?

BACHELIERUS

Juro.

PRÆSES

Essere in omnibus
 Consultationibus
 Ancieni aviso,
 Aut bono,
 Aut mauvaiso?

BACHILLERUS

Juro.

PRÆSES

De non jamais te servire
 De remediis aucunis,
 Quam de ceux seulement doctæ Facultatis;
 Maladus dût-il crevare
 Et mori de suo malo?

BACHELIERUS

Juro.

PRÆSES

Ego, cum isto boneto
 Venerabili et docto,
 Dono tibi et concedo
 Virtutem et puissanciam
 Medicandi,
 Purgandi,
 Seignandi,
 Perçandi
 Taillandi
 Cupandi,
 Et occidendi

Impune per totam terram.

BAILABLE

(Todos los médicos y boticarios, danzando, vienen a hacer una reverencia al nuevo médico.)

BACHELIERUS

Grandes doctores doctrinæ,
 De la rhubarbe et du sene,
 Ce serait sans douta a moi chosa fol'a,
 Inepta et ridicula,
 Si j'alloibam me engageare
 Vobis louangeas donare,
 Et entreprenoibam adjoutare
 Des lumieras au soleillo
 Et des etoilas au cielo,
 Des ondas à l'Oceano
 Et des rosas au printanno
 Agreate qu'avec uno moto,
 Pro toto remercimiento,
 Randam gratiam corpori tam aocto.
 Vobis, vobis debeo
 Bien plus qu'à naturæ et qu'à patri meo:
 Natura et patre meus
 Hominem me habent factum;
 Mais vos me, ce qui est bien plus,
 Avetis factum medicum,
 Honor, favor, et gratia,
 Qui in hoc corde qui voila,
 Imprimant ressentimenta
 Qui dureront in secula.

CHORUS

Vivat, vivat, vivat, vivat, cent fois vivat,
 Novus doctor, qui tam bene parlat!
 Mille, mille annis, et manget, et bibat,
 El seignet, et tuat!

BAILABLE

(Todos los cirujanos y boticarios cantan y bailan al son de sus instrumentos, batiendo palmas a compás y machacando en los morteros.)

CHIRURGUS

Puisse-t-il voir doctas
 Suas ordonnancias
 Omnium chirurgorum
 Et apotiquarum
 Remplire boutiquas.

CHORUS

Vivat, vivat, vivat, vivat, cent fois vivat,
 Novus doctor, qui tam bene parlat!
 Mille, mille annis, et manget, et bibat,
 El seignet, et tuat!

CHIRURGUS

Puisse toti anni
 Lui essere boni
 El favorabiles,
 Et n'hâbere jamais

Quam pestas, verolas,
Fievras, pluresias
Fluxius de sang et dissenterias.

CHORUS

Vivat, vivat, vivat, vivat, cent fois vivat,
Novus doctor, qui tam bene parlat!
Mille, mille annis, et manget, et bibat,
El seignet, et tuat!

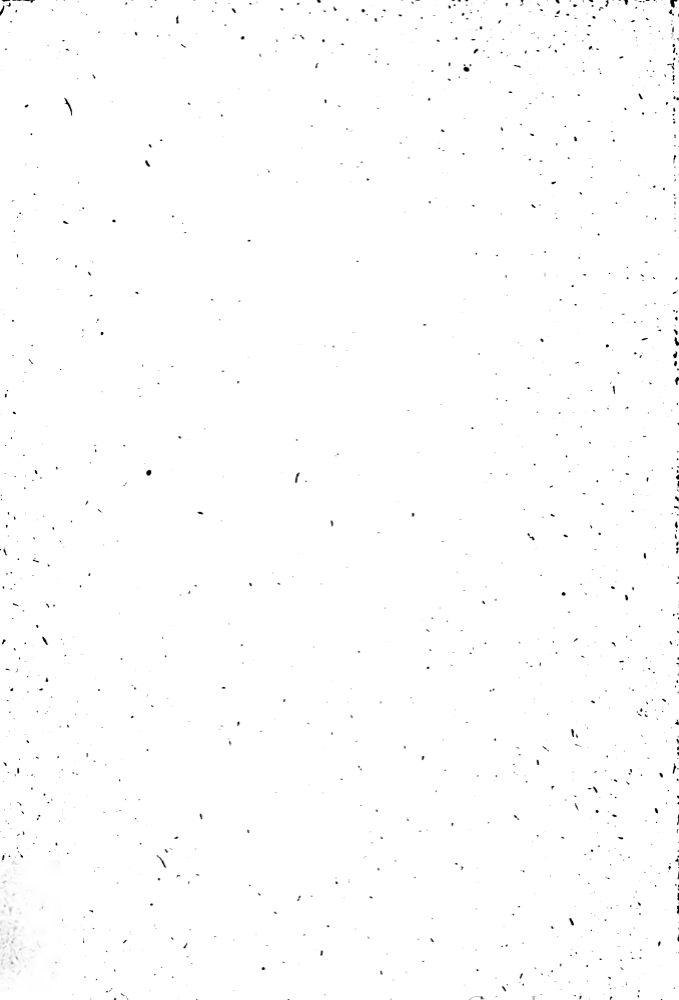
ULTIMO BAILABLE

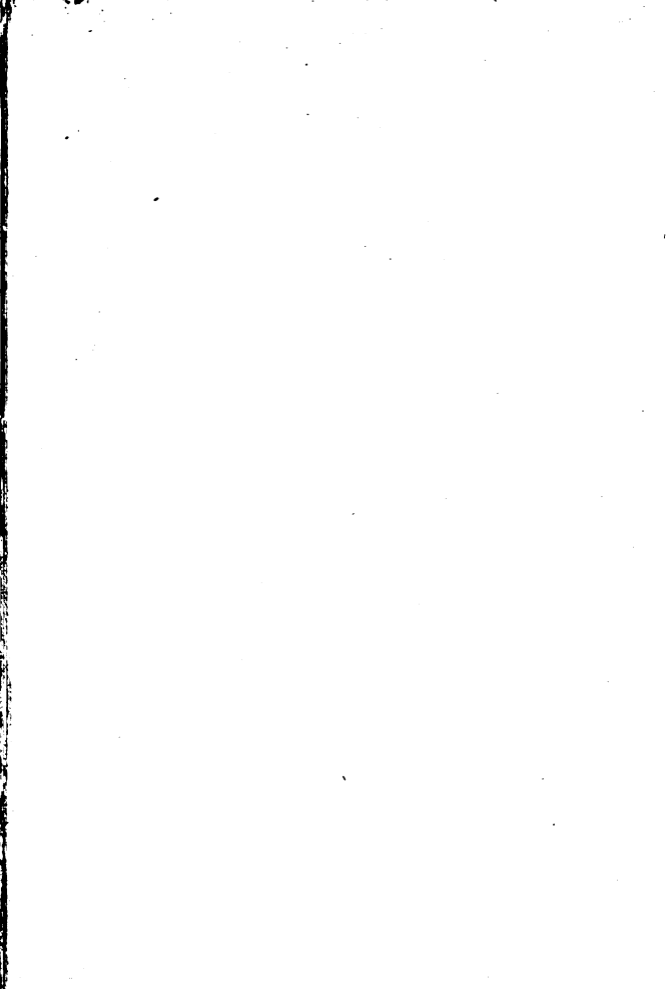
*(La comitiva de médicos, cirujanos y boticarios,
colocados según su categoría, desfila ceremoniosa-
mente.)*

FIN

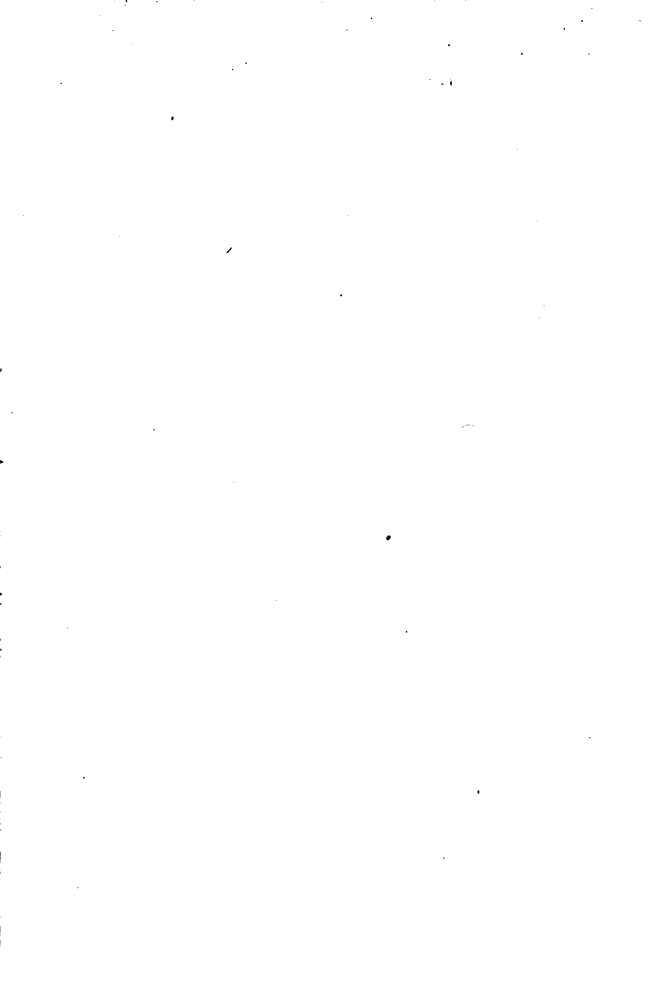
ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Acto primero.	7
Primer intermedio,	45
Acto segundo.	61
Segundo intermedio.	103
Acto tercero.	105
Intermedio tercero	149









Date Due

JUL 25 1956

REC'D JUL 10 1956

NOV 11 1958

REC'D NOV 11 1958

PQ
A
PQ1835
.A68A3

Molière, J.B.P.

El Enfermo de aprension.

ALF Collections Vault



3 0000 130 562 501